

Premio  
La Linares 2020

# Crónica para jaibas y cangrejos

Escribimos el introito con el anhelo de calmar a quienes intuyan que este relato es la manifestación escandalosa de nuestra invención. Simplemente, hace veinte años presenciamos el levantamiento

Dalton Osorno





CRÓNICA PARA JAIBAS  
Y CANGREJOS



# CRÓNICA PARA JAIBAS Y CANGREJOS

DALTON OSORNO





Campaña Nacional Eugenio Espejo por el Libro y la Lectura

Director General: *Iván Égüez*

Coordinación Editorial: *Andrés Cadena*

*Crónica para jaibas y cangrejos*, de Dalton Osorno

Premio La Linares de novela breve 2020

© Campaña Nacional Eugenio Espejo por el Libro y la Lectura, 2020

Colección Luna de bolsillo

ISBN 978-9942-764-25-6

Campaña de lectura Eugenio Espejo

El Heraldo 244 y Juan de Alcántara

Teléfonos: (02) 243 2980 / 225 6916 / 225 4997

info@revistarocinante.com / info@revistababieca.com

corpespejo@yahoo.com / [www.campañadelectura.com](http://www.campañadelectura.com)

Casa Égüez, centro cultural

Juan Larrea y Río de Janeiro

Teléfonos: (02) 2542531 / 2901137

[centrocultural@casaeguez.com](mailto:centrocultural@casaeguez.com) / [www.casaeguez.com](http://www.casaeguez.com)

Diseño de portada: *Agustín Montúfar Égüez*

Imagen de portada: Casa de las 100 ventanas,

grabado de *Roura Oxandaberro*

Diseño y diagramación: *Patty Montúfar Égüez*

La Campaña Nacional Eugenio Espejo por el Libro y la Lectura es una iniciativa ciudadana que busca mejorar el comportamiento lector de los ecuatorianos. No recibe fondos públicos y se maneja mediante la autogestión y a través de la asociación con diversas entidades. Sus líneas básicas de acción son la edición y distribución masiva de libros, la capacitación a mediadores de lectura, la difusión de la literatura nacional en el extranjero y la reflexión teórica sobre el tema de la lectura. Forma parte de la Corporación Eugenio Espejo por el Libro y la Cultura.

## PARTITURA

|                    |     |
|--------------------|-----|
| INTROITO .....     | 9   |
| CÓDICE 0 .....     | 13  |
| PERJURIOS I.....   | 31  |
| CÓDICE 1 .....     | 33  |
| PIRATAS I .....    | 38  |
| CÓDICE 2 .....     | 40  |
| PERJUROS II.....   | 49  |
| CÓDICE 3 .....     | 50  |
| PIRATAS II.....    | 60  |
| CÓDICE 4 .....     | 62  |
| PERJUROS III ..... | 65  |
| CÓDICE 5 .....     | 68  |
| PIRATAS III .....  | 72  |
| CÓDICE 6 .....     | 74  |
| PERJUROS IV .....  | 77  |
| CÓDICE 7 .....     | 79  |
| PIRATAS IV .....   | 84  |
| CÓDICE 8 .....     | 86  |
| PERJUROS V.....    | 88  |
| CÓDICE 9 .....     | 91  |
| PIRATAS V .....    | 93  |
| CÓDICE 10 .....    | 95  |
| PERJUROS VI.....   | 100 |
| CÓDICE 11 .....    | 102 |

|                            |     |
|----------------------------|-----|
| PIRATAS VI.....            | 106 |
| CÓDICE 12.....             | 108 |
| PERJUROS VII .....         | 111 |
| CÓDICE 13.....             | 112 |
| PIRATAS VII .....          | 119 |
| CÓDICE 14.....             | 120 |
| PERJUROS VIII.....         | 123 |
| CÓDICE 15.....             | 126 |
| PIRATAS VIII.....          | 129 |
| CÓDICE 16.....             | 131 |
| PERJUROS IX.....           | 133 |
| CÓDICE 17.....             | 135 |
| PIRATAS IX.....            | 138 |
| CÓDICE 18.....             | 141 |
| PERJUROS X.....            | 145 |
| CÓDICE 19.....             | 147 |
| PIRATAS X.....             | 150 |
| CÓDICE 20.....             | 152 |
| PERJUROS XI .....          | 155 |
| CÓDICE 21.....             | 157 |
| PIRATAS XI .....           | 160 |
| CÓDICE 22.....             | 163 |
| PERJUROS XII.....          | 168 |
| DE PERJUROS Y PIRATAS..... | 172 |

## INTROITO

Escribimos el introito con el anhelo de calmar a quienes intuyan que este relato es la manifestación escandalosa de nuestra invención. Simplemente, hace veinte años presenciamos el levantamiento de un murallón en el solar de las carcaveras que generó un cuento, una antología narrativa y dos notas periodísticas. Esto alumbró la idea de una crónica, pero con el paso de los días, nuestras elucubraciones se confundieron entre la realidad y la ficción y decidimos recrear una relación cronológica a cuatro manos. La historia fue tomando su propio *corpus*, ritmo, discurso, topología, actantes (quizás murmuramos sobre la existencia de un tercer narrador-personaje). Las palabras fluían desatadas. La narración fue creciendo con cada anécdota, lecturas, pláticas e intrigas. Diseñamos un plan de trabajo y mecanografiamos el texto que está ante sus ojos. Como aseveró Ítalo Calvino:

—Estás a punto de empezar a leer. Relájate. Aleja de ti cualquier otra idea. Deja que

el mundo que te rodea se esfume en lo indistinto. Adopta la postura más cómoda. Regula la luz de modo que no te fatigue la vista. Haz que la página no quede en sombra.

Fin de cita.

La *novella* arranca aquí con la presentación de la más bella y la más lúcida.

Mi relación con Ambrosina fue, al comienzo, como la de un espectador ante una sabia dama de la vida, luego su confidente cuando abrió el cofre de recuerdos y me proporcionó detalles de su duración y la calzada donde vivió muchos años. Cierta día le pregunté si me daría licencia para escribir su biografía.

—Quizás podría darte permiso, si fueras Henry Miller, quien, seguramente, pondría los condimentos necesarios —aclaró con delicadeza.

Hablaba de un modo extraño, con giros rarísimos y vocablos antiguos. Entonces comencé a preocuparme por cómo traducir todos sus matices verbales, pero nunca fui consciente del francés e historias de la calle que ella relataba. Platicábamos en las noches, porque era cuando su mente solía estar más

lúcida y sus palabras se desgranaban con afabilidad. Desde el arranque me dejé llevar a su mundo, mundo vedado, mundo multicolor, mundo parlante, mundo... Prefería que charláramos en su aposento del Mil Amores, pero algunas veces nos veíamos en el café Montreal, en la Palma o degustábamos escabeche con vino blanco en el Piave, y luego caminábamos lentamente por Colón hasta Francisco García Avilés, al zaguán de Filián o a 6 de Marzo a Nuevos Horizontes de Néstor Cali por los libros de segunda mano; por Boyacá hasta la Cervantes, Española, Científica, la de Florencio Comte y Selecciones, por novedades. Le fascinaban las librerías y tenía olfato para las joyas literarias o ediciones antiguas. Ambrosina sabía de manjares, historias y secretos. Yo tenía hambre de ella, de su palabra, de sus anécdotas, de sus amoríos... Nuestras pláticas se prolongaban una, dos, tres y hasta cuatro horas. Cuando ella hablaba, miraba mi libreta de apuntes. Cuando no sabía por dónde continuar la anécdota, yo la guiaba y ponía en la ruta del asunto tocado. Imaginaba que dicha empresa dependía de mí y que

ella era una desprendida informante de la calleja. La verdad podría ser otra. ¿Por qué me eligió como su amanuense secreto? ¿Por qué decidió contarme su vida?

—Qué otra cosa podría hacer con mi tiempo y a mi edad —respondió en la última sombra de nuestras confidencias.

Cuando repaso sus cuadernillos, me cuesta creer que ya no esté entre nosotros: tan bella, tan lúcida...

## CÓDICE 0

Ya retirados de la Calle 18 o Salinas don José Asunción, alias Sejox, y Pablo Martínez, conocido como Blopax, se encontraron en una banca del parque Seminario (llamado de las Iguanas, Bolívar o de la Estrella) y comenzaron a charlar sueltos de lengua. Una pandilla corría por el portal de la iglesia mayor confundida entre los feligreses que salían del templo. Era un día dedicado a Santa Marta (patrona de las causas perdidas), la mañana asomaba iluminada y caliginosa:

—¿Quién asunta a estos pelafustanes de poca monta que van vestidos ridículamente?, dicen que son como Sandy y Papo, esos que aparecen en la tele cantando con esos gregüescos gigantes y camisones fuera de forma desfigurando la debilidad de su musculatura de relojero de zaguán —dijo Asunción, molesto.

—Querido amigo, ¿qué saben estos chuscos de circo fulero de la fortaleza, lances, escudos, pellejas, arrechera y dominios de un cherinol porteño? —acotó Martínez al relámpago.

—Amigo, aquellas pinturas de mala traza no saben nada, andan en otro patín, patidifusos patinando con la verde y otras cosillas que abusan. Su vacilada es distinta a la nuestra. La nuestra fue bacanería nacida del estilo guayaco, bien machos, puñete limpio en cualquier territorio. Siempre el filudo en la diestra, puñal al pecho a cualquier gil por las prendas que de una jalábamos, pegar veloz pisada pues se armaba sapada y tocaba corredera o quedabas encanado en el cuartel Modelo de la avenida de las Américas o en La hacienda, como le decíamos a la Penitenciaría del Litoral.

—¡Qué tiempos!

—Haga mate de Míramelasseñas, Chicosilencio, Chamburo, Carnicero, Tiznado, Quedo, Silencioso y del Ojos brujos que palmó cuando viajaba a Manta.

—¡Qué fichas!

—Carnal, ¿no sé por qué remachó la jugada que usted también vivió?

—¡Qué pintas, qué muslos, qué chochos tuvimos entonces!

—Es que eran unas verdaderas barbirraposas del catre.

—Eche cacumen de la Tula Camacho: ella fue una zurróna de verdad y cómo cogía la condenada hasta el día de su muerte. Ella afirmaba que usted fue gancho fijo de la Justicia antes de marcharse con la gitana de ojos melados que se lo llevó por lejanos poblados.

—Caray: usted inició a Suca y gobernó a la muchachita que vino de Canoa muy adentro.

—¡Lina, Suca, Rubí, Targelia y la de Canoa: qué recuerdos!

—Pero esos lerdos a la vela várela de la gaver tienen otra onda de andar, joder, vestir, desvistiendo, vegetar y morir en cada pisada.

—Tire faroles a su estampa fachosa. Nada que ver con nuestros chumeques blancos de acabado perfecto en taco cubano para marcar paso-rumba-pisada-guaracha, hechos sobre medida en zapatería Estrada y en calzado Salinas de la rápida vía Santa Elena de aquellos años porque no había molles como ahora para tomar vestidura; los tolones de igual blancura con doble pinza súper bacanos, que la mano del maestro Álvarez podía crear a imagen de nuestra corpulencia pepa: pepudosh; apenas ciento veinte sucres costaban las camisolas en

camisería Stop o Fierro de la calle Escobedo de la Catedral; cachina que hacía la combinación precisa de rojo-sangre y misma tonalidad para los escarpines; el cinto-cinturón de cuero vivito forjado en las talabarterías del Mercado Sur, hoy transformado en un Palacio de Cristal del carajo que no sirve pa naa, porque en el viejo mercado sí que había de todo: mercas del día para caleta, unas zorrillas peseteras que se venían desde el parque Chile y rica manducatoria de la mar en tierra para la jama nocturna; para dar perfume, bañados con Agua Velva o Agua Brava para machos de verdad y peinados con la efectiva Fijona verde que levantaba el bucle de pinta brava; retocábamos melena y nos hacíamos los afeites de chiva, patillas y mostacho donde el zángano Gardelillo o en la peluquería Pazmiño; por aquí soltábamos lengua a los turistas que se sorprendían con nuestra jerigonza, y finalmente dábamos lustrada a los blancos con el meco Brillito Bardot por la zona de los villares de bronca, puñete, navaja y choreo. De las armas y escudos para qué le chamullo, ya que después esto se vuelve el cuento del gallo pelón.

—¿Qué saben estos pandilleros tatuados de miedo, que sacan de periquete sus Motorolas, Nokias, Samsungs, Blackberrys, iPhones y recortadas para controlar a sus putuelas o hacer un levante al paso dejando reguero de sangre por zona que invaden?

—¿Qué pueden saber estos gandules de cómo dominar a una damisela apenas con un guiño, ¿un gesto o la más mortal de las miradas que penetraba como fierro candente de matarife del camal del barrio Cuba?

—¿Por qué me recuerda el barrio Cuba con su sonar habanero y las mulatas-negras-prietas echando fuego, ritmo y candela?

—Carajo, ¡cuánto vale rememorar el pasado ahora que los años se nos han venido como doble mala palabra jodiéndonos la vida!

—Usted y su palabrería que...

—Ellos nunca en su perra existencia sabrán lo que es tener güegas rayadas para ir a chupar, clavar y bacaniarse allá en zona brava del matadero donde Juana Gallo, que siempre tenía ricas güisas para el palitroque; entrar frescos y ser recibidos por la patrona de

la Mampora en ruta de los muertos; pararse tiesos en la Puerta de Fierro de Portete y Gállegos Lara; pedir trago importado donde la Caballo de Paso y jamarse a la Potranca de su hija por el afrechero; gozar salsa, perica y morenas en el King de la negritud adueñada del estero; de rumba al Verdes Palmeras; por material del bueno donde el español Generoso Martínez, que tenía de todo como en botica de pueblo; después de un camello redondo ir con la manga de hijos de puta al Noteagüeves, que quedaba en Cangrejito y Mejillones (o sea en la quijada de la verga); qué decir de la Casa de las Muñecas, el Carlos V, el Farolito, el Bar de Anita, el Barquito o el Moroco, donde nos atendía Terremoto Gómez, que todavía anda por Colón y Machala piloteando un cacharro de materiales de construcción.

—Pero ellos necesitan la magia del celular para establecer sus dominios, sus fierros y recortadas para levantar con mortandad lo que nosotros hacíamos con fina mano lanza que te lanza y te llevabas todo de una sin dañar a nadie.

—Brother: así de tajo, esas caricaturas de cafishos se han tomado la esquina de Gómez Rendón y la 18, toda la zona, y dicen que les pertenece a su caterva de recortadas, chispa, chis, punk, pistola, pistolón.

—¡Qué pendejada! ¿Cómo ha pasado todo este relajo y nadie ha podido bajarlos? ¿Cuánto ha cambiado el meretricio?

—Ya nadie dice ni jota, esos pillastres se creen dueños de la calle que cobró fama por los años sesenta de la dictadura militar, el escuadrón de la muerte y la terrible sequía que trajo a gente resuelta y hembras riquísimas del norte de Manabí, Quevedo, Esmeraldas, Santo Domingo, El Empalme, Milagro y de la ciudad que ya no tiene quién la defienda de su caída de las malditas inundaciones de invierno. Por eso ahora hay cinco camposantos: Cementerio General o Patrimonial, José de María Canales, Jardines de la Esperanza, Parques de la Paz y Panteón Metropolitano.

—Se está olvidando del cementerio de Pascuales, del Estero Salado, trochas y barrancos donde dejan cuerpos acribillados, descuartizados, quemados y ensacados.

—Pero escuche cómo pintó la calle uno de los reporteros: «El mejor distintivo es barrio de tolerancia o condescendencias. Buena chapa para este lugar sagrado. Todos toleran sus soledades, sus inmundicias, sus negocios y sus favores. Veintidós locales donde fluyen y refluyen los líquidos vitales y mortales: semen, orina, cerveza y ardientes licores. Dos pequeñas cuadras, nada más. La dirección es conocida en el puerto: Calle 18 y Brasil. Lo primero que llama la atención es el fandango musical. Cada burdel compite por tener el volumen más alto. Siempre es música tropical, pasillos, boleros, salsa y reggaetón, no hay más que ofrecer en esta inmensa rocola. La mayoría de los prostíbulos están conectados con un bar. En esta germanía no se puede concebir el sexo sin bebida. Doce cortijos se encuentran en el tramo que va desde la calle Brasil hacia la calle Cuenca, y diez bayús en la cuadra de Brasil hasta Gómez Rendón. Entre un extremo y otro de esta ramería se levantan dos lápidas construidas hace cuatro años. Un muro por el lado de Cuenca y el otro por el lado de Carlos Gómez Rendón. Es

como si la autoridad quisiera borrar-tapar-silenciar algo imposible: una zona que opera libremente desde fines de los años cincuenta, cuando todo era manglar, caminería sin pavimento, monte y mosquitos; una trinchera putañera que se levanta jacarandina con mayor furor de jueves a domingo».

—¡Usted siempre gastando mirada y mosca en esas revistas!

—Querido amigo, las lecturas y la vida nos enseñan algo nuevo.

—Y no me lance charada, qué Ondas, Escándalo, Ciudad candente son...

—Mire, aquí tengo dos ejemplares...

—Pero la escritura del mancha papeles apenas llega hasta los muros que levantó el alcalde alcahuete. Nada cuenta de las malditas cadenas, los ridículos hitos, el inútil retén de policía, los portones de hierro por cada lado de Brasil, los guardias cateadores de identidad y armas que te paran como agentes aduaneros del casquete, las guardaízas que te cobran medio dólar y te marcan con un sello indeleble en el brazo derecho a la entrada, de yapa el guardia de la puerta pone tu cédula

de identidad para que la cámara la filme y quedas fichado al entrar, la regeneración urbana maquilladora que te graba hasta antes de entrar al polvete. Ya no hay puestos de comida, tendidos de baratijas, la cerveza ya no la sirven en botella para evitar líos y por eso la despachan en vasos de plástico, el polvo ha ido subiendo de 5 a 6, de 6 a 8, de 8 a 10, de 10 a 12, para remate ya no abren el domingo, tienes que buscarlas afuera, en la 17, y ligar en cualquier pensión de mala muerte.

—Son verdaderas trampas tramposas, como acertó Rafael «Puñalada», que han ido colocando para acabarla por completo. Muro, pared, tapia, cortafuegos, burladero: juego de palabras.

—Muro que mandó a levantar el burgo-maestre para sellar la calle. Es un corregidor que se cree la divina pomada. Ordenó alzar el cortafuegos para borrarla. No hay ley ni ordenanza que la acabe de sopetón. Cuando se levantaba esa maldita pared todos decían por tu culpa, por mi culpa, por nuestra grandísima culpa. Todos en sus culpas se inculpaban y disculpaban. El alcalde, que parece alcaide en

prisión, mandó por edicto tapar la mugre de la tentación carnal con reforzado respaldo de concreto porque el pútrido lenocinio atentaba contra el pudor de propios y ajenos, contra la vida y contra las buenas costumbres. Eso argumentó el concejal mayor. «Hay que mirar la paja en el..., Señor corregidor», aulló Concepción Justicia. La autoridad ni la miró y con un gesto mandó a policías metropolitanos que saquen a esa bagasa impertinente de palacio, ya que una ordenanza se debe cumplir al pie de la letra. «De continuar con tanta majadería, esta gente de la vida airada, mandaré a clausurar la chanfaina digan lo que digan juristas, feministas, comunistas, periodistas y defensores de los derechos humanos».

—Sejox y hasta dónde está jodida y de mala leche la rinconada que los reporteros le han quitado su gracia natural al bautizarla de golpe y porrazo como Hurgamanda, que viene de hurgamandera y en señalado común es puta sin alardes de otros dialectos no hablados en la calzada.

—¡Tremenda desfachatez de esos palurdos pretender en su crónica que la calle ha-

ble libremente con la ciudad como si nada!  
¿Patrañas?

—Querido panela, todo esto es un juego de palabras como el suyo y el mío para reinventar la calzada y contradecir la tradición del puerto.

—No ande apoyando a los chicharras de periódico fulero porque esos desbocados fingen ser buena gente para camuflar su pluma-da que nada cuenta.

—Socio: en la vida y en la calle para todos hay camello, y pare de contar. Ellos son los escaldos de la ciudad del río grande y nosotros los copleros de las huilas del estero.

—¡Qué desgarró!, decir que somos los rimadores de las viejas, sabe bien que lo nuestro ha sido andadura de chulos lanceros, lo otro es charlatanería de gárrulos como dijo Ambrosina.

—¿Para qué seguir cual pájaro agorero?, pues parece que usted tomó partido con los garrapateros del periódico sensacionalista.

—¿Qué podrá cachar un cegatón en la Calle 18?

—Nadín de nada o quizás todo de ellas a la vez, porque aquí todo es posible con el im-

porte, y él, además de parlanchín, domina las artimañas de engibacaire culebrero.

—¡Saca la culebra, saca la palabra, saca la pomada y usted se tragó el cuento!

—¿Qué cuento?

—Vamos de una vez por unas frías al Cartel del Buen Sabor de Vilma Guanín y allí seguimos asuntando. Quizás ya estén esperando cabreadísimos Carnicero, Míramelasseñas, Caradecauchó, Marditomanaba, Roncodelata, Rifle, Cañón y Cocada Martillo encachinados de azul eléctrico con Emelec desde la Boca del Pozo en el corazón, Pitillo, Ojoperdido, Bocachico y el reportero Puñalada con el color canario barcelonés en su piel torera.

—¡Camarada, duele saber que no estará Quedo, que murió en la masacre de la casona universitaria, matanza que dejó 30 muertos, 32 heridos, muchos lesionados, 67 o 140 detenidos, y nadie ha confirmado los desaparecidos al final!

—¡Finalista, finalista!, recuerde cómo lo dijo el cantor plutigrifo con voz de tarro viejo.

—Usted es azul eléctrico y yo amarillo canario como el ronco cantador que compone melodías bacanas.

—En la rocola de la Guanín ponemos las tuyas, las mías y las de ellos, apenas con un sucre de los viejos, suenan las canciones de cuando la música era música de verdad: Piel canela con Bobby Capó, Santa Isabel de las Lajas del Benny Moré, Hola soledad del Rolando la Serie, Mendigo de amor con Cuco Valoy, Se vende una casita, Virgen de media noche y Linda del Jefe Daniel Santos.

—Camarada, ¿cómo podemos dejar en el tintero de la memoria el relajo que armó el Jefe el viernes 7 de septiembre de 1956 en el Teatro Apolo?, repase lo de Cataplum pa' dentro anacobero: Cataplum, llegué yo al Ecuador, cataplum, arriba va el telón, cataplum, empieza la función, cataplum, termina la canción... Volaron ladrillos, volaron botellas, volaron maderos, sonaron centellas... Y yo sin probarla, comerla o beberla, al Cuartel Modelo la patrulla me llevó... Cataplum adentro anacobero que a mi Comisario no le gusta el bolero... Tremendo putamadril, el Jefe se cagó en la tapa del piano, y el comisario de espectáculos que era el sordo Kléber Suárez Maldonado quedó de recagado con el

lío y hecho una guaracha que todo el mundo tararea hasta hoy. Si mate no me falta parece que Elvira Velasco, que cantaba de perlas con el Trío Tropical, interpretó la guaracha guayaquileña de Ruperto Romero Carrión que llevaba por título: ¡Qué te pasó anacobero!, como respuesta a la de Daniel Doroteo de los Santos Betancourt, ¡nombrecito!— ¡Qué memoria!

—Fin de centellas y cantores que usted los conoció de cerca por andar de rumba con sus congas que ya no retumban.

—Fatalidad, la del Julio Jaramillo que todavía anda rondando cantinas y rocolas del mundo entero después de muerto. Señora bonita del Nelson Pinedo, Yerbatero moderno de Celia Cruz Alfonso con todos sus embrujos, las de su Carlotita Jaramillo y todas las que...

—Julio Alfredo Jaramillo Laurido fue el que metió nuestro pasillo, que venido del vals europeo y luego de la Gran Colombia, pero él lo llevó por América y hasta México, donde cantó, llenó y encantó en el Teatro Blanquita. Allí hay unas grabaciones de perlas.

—¡Vamos de una que por ahí viene uno de esos periodistas y me estoy calentando!

—Pero socio...

—¡Vamos, que el reportero fulero puede robarse nuestra tradición!

—Aguarde un momento para tomar aire y pensar el pasado...

—Vamos, que donde Vilma es todo como ayer: linda música, buena conversa, heladas las pescuezudas y ricas diosas del camastro.

—Camarada: recuerde que es bueno echar oídas a los otros también.

—¡Vamos donde la Guanín, ya no le eche mente a lo del reportero que se le robará palabra y vida!

—Sabe camarada, mejor le contamos todo a la Vilma y quizás ella suelte una jácara de la calzada que pocas veces rememora.

—Compadre, ¡con la Vilma podríamos escribir la historia de la calle!

—Caramba, usted ya perdió el juicio, o es que ya se infectó con el mal de esos mancha papeles: bien sabe que nuestra palabrería es por otra movida y punto en boca.

—Pero es que el reportero espera que yo...

—Usted y él deberían sellar la trompetilla como putatuerta.

—Oí que Ambrosina le contó a Concha que él escrituraba sus visiones, que llegaba hasta su cuarto a escuchar sus habladas y allí le rindió sus amores.

—Siempre imaginando, oyendo, creyendo y repitiendo; pues, usted bien sabe que las rodillas flojas ya no recuerdan cómo y cuándo ella se encamotó con él.

—¡Santa memoria!

—Ellas hablan, repiten y hasta exageran la vida de Ambrosina.

—Los bellacos hicieron de sus palabras una tiznada escritura.

—¡Verdad, verdad que no los entiendo!

—Creo que deberíamos hacer un viaje redondo en el taxi de Puñalada por El Gato, Salomé, La Cortina Roja, Peca, la 9 de Octubre, la 1 de Mayo, Casa Blanca, La Capilla, El Rancho y toda la chonguería de Pascuales.

El sol del mediodía quemaba, la pandilla se escabullía entre el parque y la Biblioteca Municipal, un coche de policía pasaba lentamente, los ribaldos se marchaban al suroeste de la

ciudad dorada, mientras dos turistas, desde la glorieta, miraban las iguanas en su vaivén trepador, la inmovilidad en bronce de los jabalíes y la estatua ecuestre de Simón Bolívar.

## PERJURIOS I

El cronista duda si está despierto o sigue en duermevela. Había pactado una cita con el novelista de la ciudad-puerto para la mañana siguiente. Entrada la sombra, él se convertía en presa de un sopor que lo tironeaba entre la crónica roja y un sueño de aparecidos. Sobre el escritorio estaban las últimas galeradas, anteojos, bolígrafos y esta *novella*. La luz del cirio se desvanecía y afloraba hasta el relámpago en el que entreoyó «a un viejo marinero vendiendo quimeras que trazaba la ruta de un ave viajera en leyendas de oros e imperios lejanos». Se incorpora con morosidad, apaga el gramófono, corta la melodía y vuelve al sofá-cama.

En el ensueño ojea un deteriorado manuscrito, el cronista estima que se pueden descifrar algunos folios, percibe en la caligrafía otros pretéritos sentidos:

—¡Lento, navega lento! —ordenó el capitán. El Escarlata, como si lo hubiera escu-

chado, avanzó tardo. No había niebla, olas gigantescas, cánticos (...) naturaleza pródiga en las márgenes y firmamento rojizo a la distancia. Inmenso escollo al levante por el vasto río y en el ocaso un estero de mar convida una visión de singladura quieta.

Después de leer, le apetece un carajillo, ese tipo de café cultivado en las alturas basálticas de Bellavista en la isla Santa Cruz de *Las Encantadas*, como cristianó Herman Melville al Archipiélago de Galápagos, más un aguardiente cubano del que jamás participó en la cosecha. Tal vez el novelista en su espera esté lanzando diatribas contra ellos y escanciando su primera copa. Quizás no arriben a tiempo al café-bar para la cita debido al tráfico matinal.

## CÓDICE 1

Los alarifes están levantando un cortafuegos para tapiar el viejo callejón del fornicio. Con parco ingenio pretenden volver invisible lo visible en la ciudad-puerto. Bataholas y enconos en la manflota.

—¿Cómo podría escribir, con fidelidad, lo que Ambrosina de Amay señaló aquella noche? —musitaba el cronista.

De súbito, una argentada voz fluyó así:

—He aseverado tantas veces que, en esta rinconada distante de la mirada del Señor, la palabra ha sido siempre un pacto íntimo, sagrado, enigmático. Y quien pretenda, por un burdo murallón o una rapaz lisura, desnaturalizar el dictado de mis términos estaría reinventándola según su porfiado talante. Por eso estoy aquí, sentada en la poltrona de mi madre junto a esta ventana viendo cómo han pasado los años tiznándolo todo con su sino fatídico. Naciste adulterina, sin historia cierta que pueda refrendarse ciertamente; forjada de habladurías, suposiciones, fragmentos

de apolillados códices y quimera relegada en el imaginario de nativos, cronistas, cacatúas y escaldos de medio pelo; sin nombre propio y sin reconocido linaje de verdadera ciudad; sin dominios legalmente delimitados, apenas unas cuantas leguas de un olvidado cacique de leyenda. Conocida fuiste, en tiempos de la Colonia, como la ruta segura al codiciado golfo sureño; nombrada Villa Bella por aquellos parajes de encantamiento, lar de anchuroso humedal con asombrosa vegetación y tantas especies del reino animal, poblado de los cinco esteros, puerto fluvial de afamados astilleros, terruño de cristalinos arroyos, hermosura sin par de tus féminas y qué mentar de los machos templados en bravías contiendas y fogosos juntamientos, escondite de corsarios, comarca abundosa y tantas patrañas que se fueron añadiendo a tu remoquete. Yo, como la misma aldea, soy dictado de argamasa en nativa lengua del río Amay, pero tú me llevas escondida en tus entrañas de manglar, conchas, jaibas y cangrejos. De mi origen, como el tuyo, se lanzan tantas versiones: unos dicen y desdicen, otros niegan y reniegan mi pro-

cedencia, otras me refieren apenas por pelusa cantonera, ellos engolan su jerigonza con mi gracia de acertijo, regodeo y guadaña. Instituida fuiste una y mil veces, por aventureros de travesía, sin rollo, territorio y vecinos, tal como lo confirman los archivos que conservan los misterios del Camino de Indias desde tiempos del descubridor, de quien no se sabe su naturaleza, como la tuya y la mía lar de mis raíces. Apuntan que la única fundación fue la de un tal Francisco y las otras guisas de mentidero del puerto. Como villa de las mudanzas, suelen motejarte los entendidos en ciudades portátiles, porque los íberos te llevaban de aquí para allá en sus pliegos salpicados con sangre de nuestros antepasados. Cábala cabalística son las datas impuestas para tu principio: mil quinientos treinta y cinco, treinta y seis y hasta cuarenta y siete, según actuarios de la costera. Fechas que lían a versados en cronologías de ciudades. Vives enmarañada en la nada de un brumoso celaje deslumbrante de felonías, confundida entre forjados pergaminos y murmuraciones que tu grey refrenda en cada festividad religiosa.

Afirman las señoronas del lugar que, en reconocida alocución, el burgomaestre esclareció dicha controversia. Aseguró que en el archivo del ayuntamiento existe un libraco no tan antiguo, por cierto, en el que con recta caligrafía de manuscibiente aparecen inscritas todas y cada una de mis señas, y que en dicho epítome no figura ninguna referencia sobre ti, querida aldea de la Culata. ¿Será, por un acaso y fiasco incluido, que a los peninsulares les salió el tiro por la culata al fundarte fieramente a la usanza de entonces? Porque a decir con justeza que nuestro terruño puerto no es, no ha sido y será más bien una retaguardia de olvidos sin título; aunque las lenguas de doble filo adulen con su matraca de protector al santiguarse ante la imagen de su venerado Santiago: ¿será Santiago el Mayor, patrono de las Españas de conquistadores? ¿Quizás Santiago el Menor, hermano de Judas, hijo de Caifás y de María prima de la Virgen? ¿Tal vez pueda ser Santiago de los Esteros, el que designa villorrios en la región? ¡Tantos Santiagos existen en verdad! ¿Cuántas veces hay que persignarse aquí, Señor mío? ¡Válgame

Dios y los demonios del Averno también! Ellas, digo, las de la calzada, porque no me refiero a las cotorras de la ciudad, que nada saben de lo nuestro, las maturrangas son las que participan de todo cuando aflojan sus lenguas, así como desparraman bragaduras. Sus rufos apenas cuchichean sus andanzas. Tú asuntas mi relato y contrarías mis dictados. Yo indago en la memoria de la gente, platico con los hacedores de historias, escudriño en papeles añosos y rebusco tradiciones; pero es el tientaparedes quien manuscrybe sus intrigas sobre las actas de la burdelería como otro palimpsesto de nuestra vida. ¡Cáspita! ¡Perjueros, rayos y centellas que hasta las pilinguis repiten que su anotación es como un esperanto de amor de la calle! Válgame, Señor mío, ¡tanta inverecundia de un cegado hacedor de crónica roja que anda por ahí!

Pero ella nunca dejó saber, con su porte de odalisca, que había sido la queridita oficial del cronista. Contra su mutismo cuentan madres abadesas y taitas que Ambrosina de Amay intimó harto con él hasta el día de su muerte.

## PIRATAS I

El cronista retorna al código:

Advirtió el perjuro del fondeadero al timonel (...) la ría no remontaba las aguas del océano (...) penetración que forma su costa causando sumersión, laderas frágiles, exótica vegetación, extrañas criaturas que meten bullicio (...) —Nada, nada que ver con la Sepultura del Diablo —comentó un tripulante en el puente.

En otra cuartilla se lee:

Los argonautas del reguero han dado cuenta que del estuario brotan laberintos de islas, islotes y peñascos (...) travesía de ligeras balsas lado Puná que los íberos (...) no lejos Santa Clara y Amortajado (...) estero que entrecruza (...) Trinitaria que fue refugio de filibusteros, Santa Ana, Bellavista, Escalante (...) torrente se divisan Sabana Grande, Sabana Chica, Chupadores, Diabla, Mondragón, Malabriego y Santay.

El cronista inclina su miramiento hacia el manuscrito:

Por el lado peru (...) Correa, Matapalos y Roncal se pierden en la retentiva. El timonel del bergantín pirata, maestre Fernandino Juanes y Bocanegra, conocido por Manodeldiablo, seguía al lugareño que los guiaba (...) estribor lo que llaman Canal de Jambelí y a babor del Morro conectados por el estrecho de Cascajal (...) primer pasadizo tachonado de peñascos (...) otro seguro para marinería de quilla baja como la vuestra.

## CÓDICE 2

En el filón de la Planchada se divisaba más que la tarde la noche, la tarde era cegadora y la noche plenamente ciega cubría todo cuando ellas arrancaron con sus pendencias:

CALLEJA.- ¿No sé por qué contrarías mis habladas?

CIUDAD.- ¿Cuánta engañaifa brota de tu boca, para no decir nada de nada, porque así es tu vida: víbora de muladar?

CALLE.- ¿Qué estás murmurando, lengua serpentina?

CIUDAD.- ¿Qué te has imaginado, callejuela de manibla, bordionas y azaceles?

CALLE.- ¡Caray!, ¿de dónde te afloró esa palabrería: si apenas eres un remedo de aldea maloliente?

CIUDAD.- ¿Quién diablos te crees, pelada pendanga?

CALLE.- ¡Recuerda bien que en este humedal hemos nacido y hemos de sucumbir por el destino que nos encadena!

CIUDAD.- ¿Y qué sabes de nuestra existencia? «Tú no sabes nada de la vida. Tú no sabes

nada del amor. Eres como un ave a la deriva que vas por el mundo sin razón», como afirma el bolero que suena en la rocola de Generoso Martínez.

CALLE.- ¡Qué manía de andar repitiendo canciones de la Olga Guillot para esto y para aquello!

CIUDAD.- Vida y melodías se juntan casi siempre.

CALLE.- Fatal arcano: así lo profetizó la gitana de melados ojos, también lo confirmó Ventair con los signos de su tarot. (Pero ella jamás debe sospechar que consulto mi destino con el poeta cartomántico Gonzalo Espinel Cedeño).

CIUDAD.- Yo soy la que te llevo en mis entrañas y te guardo cual castigo de tus fementidos demonios.

CALLE.- ¡Caray y hasta traes a los demonios aquí!

CIUDAD.- Agüeros de vagabunda de pies descalzos y ojos saltones que hablaba y hablaba de...

CALLE.- Nada sabes de nuestra existencia, ¿nada?

CIUDAD.- ¡Y tú, acaso, todo lo sabes en verdad!

CALLE.- Lo nuestro te lo han mal referido tus engañadores de siempre.

CIUDAD.- Palabras, simplemente palabras, lanzadas al olvido. ¡Eureka!: Olvido debería ser tu real apelativo.

CALLE.- Tú no eres nada de nada, no has sido nada mía y nunca lo serás en esta bendita tierra, en el soñado cielo o en las oscuras tinieblas donde Satán te espera con los brazos abiertos.

CIUDAD.- ¡Qué horror, Padre y Señor mío: ¡ampárame, protégame y cuídame de esta pécora-pecadora que me quiere lapidar con su rayo palabrero!

CALLE.- Y, ¡ya basta!, de pretender acallar-me con tu labia santurrona de manta, escarpías, misa de gallos...

CIUDAD.- ¡Gorjea de una vez por todas!

CALLE.- ¡Yo no he venido a pedirte el don del habla: simulada señorona!

CIUDAD.- Y, entonces, ¿qué simulas ahora, mondaría de fangal?

CALLE.- Yo he venido hasta aquí para desmentir todas tus ignominias, esclarecer mi

naturaleza y amorrar tu charlatanería de supuesta matrona del regato.

CIUDAD.- ¡Qué insolencia, qué desfachatez: hablarle así a La Perla de los Mares!

CALLE.- Entonces, ya es hora, que rebuznen los tuyos: digo los cronistas que falsearon tu verdadero origen; esos viajeros que pintaron tus hechizos con extrañas lenguas; que den cuenta los piratas que te saquearon tantas veces; que digan su canto los trovadores que te orlaron con facundia; que exhiban sus calcados trazos quienes te diseñaron a su antojo; que transmitan los nativos en lengua quechua aquella leyenda sangrienta; que lean sus forjadas actas los que te fundaron tantas veces: que por veces tantas hemos liado la exactitud de las cuentas.

CIUDAD.- ¡Calla, calleja inmunda, revestida de estulticia arrogante!

CALLE.- Tan inmunda e infatuada de la nada eres tú, remedo de aldea pestilente, pero callaré por esta vez, para que arguyen mis acólitos. Tiene la palabra la primera comadrona, digo doña Cipriana Dueñas de Casanueva, quien todo lo sabe desde nuestro nacimiento; que replique el sagaz joyán,

guardador de secretos que deben divulgarse; que griten los pregoneros su proclama de feria; que las marañas desaten sus lenguas; que coberteras y canacas develen sus andanzas; que los chapas, comisarios y jueces sableadores hagan sus consabidos cálculos.

CIUDAD.- ¡Chito chitón, atrevida churriana, que ya es tiempo de ajustar cuentas en honor a la verdad!

CALLE.- ¿De qué cuentas y cuentos habla la matrona?

CIUDAD.- De aquella felonía que tejes contra mí cada noche en tu cuartucho con el palabrista que te lías hasta que canta el primer gallo en la rinconada.

CALLE.- Nada sabes de la vida, amoríos, pactos y cubriciones, porque así de pequeñísimo es tu entendimiento.

CIUDAD.- Yo lo sé todo, porque hasta aquí viene la feligresía y todo me lo cuenta.

CALLE.- Yo no creo, no he creído y no creeré en el ardid de tu charlatanería que a nadie ha convencido y a nadie convencerá en la calle de los placeres y en ciudad del río y el estero que también fue vulgo de cogederas.

CIUDAD.- ¡Albricias y epifanías de desmir-  
lada que anda dictando cátedra de honesti-  
dad y geografía!

CALLE.- Yo no puedo dar crédito a los hijos de  
la selemba infamia que en un suspiro te inventa-  
ron historia, territorio, pobladores y nombradía.

CIUDAD.- ¡Tanta desfachatez, tanta infa-  
mia que lacera mis oídos!

CALLE.- Pero, aquí, ¿quién habla de infa-  
mia y desfachatez?

CIUDAD.- Amorra, mísera tusona de olvidos.

CALLE.- ¡Y ahora hasta mientas los olvidos!

CIUDAD.- ¡Silencia tu pérfida boca para  
siempre: amén y aleluya!

CALLE.- Abracadabra pata de cabra, lanzó  
el cirquero, y como mal agorero nada sacó de  
su negro sombrero.

CIUDAD.- Ahora me resultaste encantado-  
ra de culebras, moscona marrullera.

CALLE.- Abracadabra, digo yo, y que se  
abran las palabras para los tuyos y para los míos  
de una vez por todas en esta tierra de nadie.

CIUDAD.- Pamplinas, hurgadora, ahora  
andas alegando que soy la tierra de nadie:  
¿quién es tierra?, ¿y quién es nadie aquí?

CALLE.- ¿A quién le dices hurgadora?

CIUDAD.- A ti, víbora ponzoñosa de arrabal de precio, porque cobras por esto, también cobras por aquello, por todo lo tuyo cobras y recobras el caire del oficio de los cuerpos.

CALLE.- ¿Acaso no sabes que todo quehacer tiene su recompensa?

CIUDAD.- Tu precio es el desprecio de la grey porteña.

CALLE.- Ya dejaste en borrón y cuenta nueva alcabalas, impuestos, viáticos, permisos, trámites por los que recaudas cada día. ¿Cobranzas del concejo?

CIUDAD.- Y, ahora, hasta me resultas sabedora de términos para maquillar tu jerga de víbora maldiciente.

CALLE.- ¡Y, aún, continúas maldiciéndome!

CIUDAD.- Jerga, verdades y maldiciones que dicen tu verdad.

CALLE.- Empero, ¿tú conoces el sentido exacto de aquella palabra como la horma en el zapato, pequeña Cenicienta?

CIUDAD.- ¡Cenicienta!, ¿quién es la verdadera Cenicienta?

CALLE.- ¿A quién le caen las cenizas?, si hasta te llaman lar de los incendios.

CIUDAD.- Una ínclita ciudad jamás bajará al albañal de tus vituperios, calleja inmunda, que hasta trocaste tu alias por miedo a reconocerte en la misma esencia de yiras y padrotes.

CALLE.- ¿Qué sabes de ciertos vocablos y su origen que te dan origen?

CIUDAD.- ¿Vocablos y origen?

CALLE.- ¿Qué sabes del significado y procedencia de cada término de tu dictado?

CIUDAD.- ¡Términos de mi nombre!

CALLE.- Tu nombre repito: Muy Noble y Muy Leal ciudad de Santiago de la Culata, tal y como te llamaron los fundadores.

CIUDAD.- ¿Y con qué fantaseas ahora?

CALLE.- Nombre o apodo, porque tu remoquete es como una tela de arañas forjada de mitos y santería, vaivén de geografías, corriente de marejadas, tantos asentamientos, semántica de alias con gracia que desgracia la pulida contraseña fraguada por íberos y lugareños.

CIUDAD.- ¡Cuántas imprecaciones he de soportar, vulgar picaraza de calle 18!, pero sé

que arderás en el averno con tu lengua que a cada instante me maldice por envidia.

CALLE.- Gazmoñerías, la matrona del señorío, hablando pulidita para esconder su apariencia de quimera que arrastra una cola de fuego como la del cometa Halley que nunca se ha divisado por estas tierras empedradas de olvidos y dilaciones.

CIUDAD.- ¡Aplazamientos y omisiones!

CALLE.- Vaya, vaya, ¿quién habla de olvidos?

CIUDAD.- ¡Y todavía parloteas!

CALLE.- Bien sabes que habíamos...

CIUDAD.- Yo, no sé nada de nada de tu infamante cuento.

CALLE.- Mira, mira bien, todos se han esfumado porque aquí está rayando la madrugada y la gente arranca con sus quehaceres.

CIUDAD.- Pero creía...

CALLE.- ¡Vamos, vamos caminando que el tiempo nos quedó muy corto!

## PERJUROS II

Al margen del original en caligrafía diminuta el cronista descifró:

...villa que resguarda desde tiempos de cataplum... calor... anudan... asentada en tierra mar de actuarios, cruzados, «hurgamanderas» y la guadaña.

Tal vez el traspunte enrumbo, ciertamente, por el golfo a la aldea y del mismo modo compenetró por el estrecho salobre al mentado serrallo. Examina la grafología, ansía saber el nombre del escribiente.

—No es perfecta como la de Ambrosina de Amay —cavila en voz alta, mientras su tacto calca las grafías del aparte.

—¿Ojalá el cofrade haya conciliado el sueño? Mañana tenemos cita con el fabulador, y él suele jactarse de su puntualidad anglosajona; pero nuestro colega se pierde entre lecturas, el telediario de medianoche y las notas del oficio —comentó el cronista.

### CÓDICE 3

El copista transcribía el luengo narrar de Ambrosina de Amay:

Referían que a la antigua villa solían cantar: *Ciudad del río grande y del estero...*, por las límpidas y salobres aguas que la han humedecido parejamente, la melodía da cuenta de cuando la música era otra, de súbito, el poema del bardo Pablo Hanníbal Vela Égüez y la partitura del maestro Carlos Aurelio Rubira Infante se trasformaron en sonado pasillo que tararea la gente con alegría o congoja que toca el alma del cantor y los oyentes van quedando, mágicamente, asidos al canto.

Ella repasa la voz de Dora León Borja cuando bosquejó el humedal:

Una faja guarnecida por los Andes, el perfil acentuado por estrechos vínculos con el mar saliente de Balboa (...) ya se adentra

en las azules aguas formando la península de Santa Elena (allí duermen los Amantes de Sumpa), como se estrecha luego, entre el profundo abrazo del mar Pacífico, para acunar en su regazo al arrogante golfo, a su vez principal receptor de aguas dulces, como depositario del caudaloso río. Y entre el rumor de aguas, contrasta con su verdor la misteriosa isla Puná.

—Una es la palabra de macho, prójimo, varón; empero, otra la de mujer, dueña, matrona —advierte Ambrosina de Amay con firmeza al cronista. Pretende glosar la frase, pero corta su avidez como de costumbre. Sabe que ella conoce, de buena tinta, tradiciones y él, únicamente, debe escriturarlas con fidelidad:

La aldea nació en tierra firme al pie de un collado verde sobre una roca a imagen y semejanza de la hechura natal que calzaron los íberos al instituir la en mil quinientos treinta y tantos. Allí, en la peña azulina, surgió su primera parroquia con nombre

cristiano, junto a dicho otero hay otro alcor de misma altura, el primero lleva por nombre Santa Ana y el segundo del Carmen, las otras feligresías fueron manando desde el marjal cuando la villa creció hasta convertirse en la ciudad que anidamos. Pero ya nadie sabe por aquí cómo el caserío de nativos pescadores, navegantes y guerreros se convirtió en la urbe de la que tanto parlamentan, envidian, apetecen y entintan fieros gárrulos o diestros escribanos; damas, amoríos, ciudades y campos de pinos han sido los motivos recurrentes de escritores.

El amanuense anhelaba escuchar la frase silente de aquellos labios apenas retocados con pálido carmín, pero la aseveración estaba muy rayana al mismo silencio.

Hurgar, rebuscar, seguir las pistas, dar aguzado oído, comprobar nuestra historia más allá de las fuentes y hasta en la imaginación de la oseta, firman y afirman cronistas y viajeros que en el principio fueron dos

riscos de una cortada cordillera resguardada por un pando de manglares, entre un anchuroso río del naciente Sol y un salobre estero del poniente, que se juntaban en las aguas de la mar océano; que dichos afluentes se unían en un salpicado de islas e islotes en el golfo. El pueblo fue derrotero de piratas que lo asediaron a sus anchas; pero su congregación luchó contra las adversidades y ganó terreno a la desembocadura para enclavar sus rústicas moradas; levantaron ciudad nueva cubriendo el marjal por los cuatro costados con parcelas, huertas, barbacoas y viviendas de madera, caña, bijao, tejas, quinchas soportadas por macizos calces de mangles, empedrados entre riachuelos saltados con puentes colgantes para imbricar la naciente villa; primero en las faldas de dichos cerros y tiempo más tarde sorteando el manglar que se fue taponando al tiempo.

Ciudad Vieja y ciudad Nueva se conectaban por un puente ensamblado de guayacán, guachapeli y roble de ochocientas varas castellanas de largura por dos de

ancho para la holgada caminería; fueron bautizando barrios, parroquias, caminos y calzadas de ambos lados como: San Vicente, Orilla, Peñas, Calle del Comercio, Planchada, Inca, Fortín, Ruta de la Muerte, Matriz, Quinta Pareja, Concepción, San Alejo, Playa de trata y trueques, Puente del Diablo, San Agustín, San José, Astillero y otros demonios que la memoria extravió; pero ninguna ronda para doña Manuela Sáenz, la Insepulta de Paita, aunque su historia épica de amor y libertad no venga a cuento; aquí, apenas, se designó algún callejón con la gracia de una bravía porteña, ya que hasta el título de Calle Dieciocho corresponde al capitán español Juan de Salinas, apelativo relegado con los años.

—¡Recórcholis, qué retentiva! —musita el amanuense y continúa su encomienda:

Suelen afirmar con pudor y miedo que cuando escuchan Calle Dieciocho, que es el común remoquete de la calzada del amancebamiento, se conjugan en cántico

intrincado: arañas y acomodamientos de precio, escamoteos y chulerías en violentas andanzas, engañifa y chongos de ardientes licores, estulticia y traiciones de paso, puñales de sangre y hasta la misma muerte de su cofradía; muertes extrañas, como la del agente del FBI que husmeaba y cayó sin dejar más huella que su caída; caída por el derrotero del placer y las consolaciones que ofrecen en cada jornada las mundarias que se atarean en rítmico vaivén por la calle que a la par de la antigua aldea también fue fango de marjal al principio y más tarde calzada de piedra laja firme para andar en la culiadera, que es la misma copulación pagada, pero en jerigonza de la gente culta que también suele andar por aquí.

Cual ventisca, alguien interrumpe la plática y describe la villa:

Ciertamente, la Culata, no sólo es una franja costera: hermosa, mágica, generosa y putesca; de escasa altura, sobre el mismo nivel del océano, sino que está atravesada

da por una enmarañada red fluvial de las apetecidas costas sureñas: constituida por dos torrentes y tantos tributarios que se unen para formar el majestuoso río que la humedece. (Cuántos boscajes, marismas, acaloramientos, rapapolvos, heteras, halconeros, cotorras, matices, miasmas, cantadores: es la propia villa que canta, encanta y atrapa).

Ahora perpetúa los versículos que solía pronunciar la maestra de antaño:

«De esa fuerza creadora que formó nuestro río...». Así iniciaba ella, con tono delicado el poema de Rosa Borja: «Recia fuerza expansiva de indómita ciudad, el espíritu heroico del altivo aborigen...». Transformando su declamar en arrebató: «Rodando su destino desde la inmensidad, surgió a los atractivos del fúlgido horizonte, entre la voz del viento y el rugido del mar...».

—Usted debería transcribir la afirmación de Gaspar de Molleín, cuando comparaba los

distritos de la Gran Colombia: «La ciudad más importante es Panamá; la mejor fortificada, Cartagena de Indias; la más agradable, Santafé de Bogotá; la mejor edificada, Popayán; la más rica, Santiago de Guayaquil».

La dama cavilaba:

—¿Dónde mora el hálito indómito de los antepasados que lucharon por su marjal y por su gente de la desembocadura del grande río que por gracia y albur lleva mi nombre?

Ella en lo más profundo de su ser añoraba las clases del jurista historiador que enseñaba el pasado como un cuento relatado con galanura:

Pues hoy, niñas mías de la zarzaparrilla, conversaremos de los bravíos Chonos que habitaron nuestras tierras... Pero los agueridos Huancavilcas que también fueron y son... No debemos dejar en el tintero del olvido a los ariscos Punáes que solían....

Sabe que la memoria es frágil y traicionera, mira el tratado de su querido dómine, *El Ecuador profundo*, rústica encuadernación con dedicatoria del mentor.

—¡Cuánta sapiencia afloraba en las clases del doctor! Ahora los enseñadores ya no leen y hasta han descaminado la historia y el amor por la patria. Enseñadores..., simplemente parlanchines revestidos de cartón y pacotilla.

Él, silente e inmóvil, desde su vigilia atesorando los dictados cual botín de filibustero, repasa el cubículo, admira a la fémica de sus deseos, recuenta los libros ordenados en la percha, conoce cada título, detiene su estrábica mirada en el retrato al óleo de su musa que lo observa fijamente.

—¿Quién la habrá pintado, tan bella como es? —pensaba en su turbación.

—Picar lo trasuntado de este modo es placentero —afirmó Ambrosina de Amay con aplomo de escribana. Sus palabras manaban libremente, en tanto que la monserga de remiendos permanece enmarañada en el palimpsesto del copista. Pero cuando él ojeaba el preciado diario o indagaba, sabía y no sabía que cohabitaba en una crónica novelada. Daba oídos prestos, retenía, tomaba apuntes, procesaba, pulía sus anteojos y escribía una vez más. La dama lo miraba con

lascivia, alisaba su cabellera frente al espejo y soltaba el grano de su voz como en un cuento vuelto a contar.

## PIRATAS II

En aquel santiamén el joven amanuense recuerda las palabras del cronista:

—Camarada, debemos agilizar nuestro escrito. Primero, levantar nuevo catastro, como lúcidos registradores del humedal, luego escudriñar los secretos de la calle y finalmente charlar con Ambrosina de Amay. Ella, únicamente ella, atesora las señales que faltan para encarrilar la *novella*.

Dicho esto, vuelve al manuscrito en ruinas:

El bellaco surcador de océanos sabe a tiempo que mar y poblado van desapareciendo y floreciendo. Siente que el templado viento que sopla desde el sur va terminándose, principia a respirar con aprieto y un tropel de mosquitos ataca su tripulación. Inquirió: ¿Cuántos han tomado la villa? Porfiados escribanos dan cuenta de Francis Draque, Thomas Cavendish, Jacob L'Hermite Cleck, William Dompier,

W. Brow... ¿Tantos lobos de la mar dominaron este regadero? ¡Increíble, increíble pajarota!, porque esos tenedores de libros no registraron a Sir Francis Morgan y al Capitán Barbanegra, ya que la nave del primero aún permanece anclada en su regato.

## CÓDICE 4

Tula fue una moza de la fortuna que a todo le metía ritmo de rumba. Su andar era un vaivén cimbreante de caderas, trasero y jaiba que a cualquiera dejaba tocado. No bailaba en cualquier bodegón de la calle, trabajaba toda la jornada en el cuarto nueve del Mil Amores y fue muy querida de Concha, las chicas y los parroquianos. Tal como andaba floreando y distraída, pasó lo que pasó anteayer. Cuentan que había estado con su cacorro bien entrada la noche, después de cumplir sus quehaceres y rendir las cuentas, se levantó entristecida de mal cariño a poner un cirio a San Antonio para que su hombre no la deje por la tal Linda Candela que lo llevaba cogido hace rato, como dicen las de Vilcabamba. Aseguran que la Linda era más joven, más bonita, más camelladora y más gaya que Tula. La muy gil perejil se quedó dormida y se le regó el cirio con toda la parafina en el tapete del altar de sus ruegos y de una apareció la quemazón. Allí, se prendió el nueve, se quemó todito el

cuarto de Tula, se armó el alboroto, el mismísimo incendio y la corredera que hasta llegaron los bomberos con sus motobombas, campanas, mangueras, extintores para sofocar el flagelo.

*¡Tula no respira! ¡Tula está encendida! ¡Tula está muriendo! ¡Tula se murió! ¡Tula es un tizón! ¡Señores bomberos, por amor de Dios apaguen este fuego que a todas nos quema, que a todas nos está matando por fuera y por dentro!*

Pero ellos, una vez más, no lograron extinguir el fuego porque son una pobre legión forjada de cuentos. Que en paz descanse Rosa Tula Camacho Contreras en su anhelado cielo o en el cercano infierno del callejón, donde llegó Lllamarada que es quien manda o comanda en el lar de los manglares y sus recodos. Entonces, los voceadores de los diarios de la tarde gritaban a mansalva:

—Muerte infernal, Fuego en la Calle 18, Cera satánica acabó con meretriz y su gorrón.

Todos marchan tras el féretro que lleva los restos al cementerio José de María Canales.

—Que la tierra le sea leve —susurró Ambrosina de Amay, mientras el cortejo fúnebre avanzaba lento hasta la Calle 17, también llamada Milagros.

### PERJUROS III

Caen las anclas del galeón pirata, se aquie-  
ta el paso del navegante, Santiago (...) vis-  
ta de argonautas. Todo parece en calma,  
no hay alma que lleve el Patillas, todo yace,  
villa aguarda (...) troncos a merced de la  
marea forman desembarcadero que brota  
del malecón como los puentes de mangle  
y pasadizos de piedra laja para (...) espo-  
lón semeja travesía que forma el rostro  
del villorrio y la caminería senderillo que  
estampilla paridad con burdelería. Edifi-  
caciones alargadas, frescas, coloridas de  
guayacán, guachapelí, madero negro...,  
por el otro costado el río que da su gra-  
cia (...) una piragua viene asida al negro  
navío, catalejo en mano, avistamiento,  
aprietos, repiten las señas del traidor, tañer  
de antiguos bronces, alegría de mozas en  
celo, ruegos, correveidile, emplazamiento  
de artillería pesada a destiempo, órdenes,  
contraórdenes, ausencia del burgomaestre,  
firme ancoraje...

—¿Por qué tremenda batahola en estos tiempos? —preguntó el capitán del Nautilo Escarlata, mientras su loro iba parloteando Puertonomeolvides, casuchas, raídos tablones, techos pajizos, charcas, agua de uso, miasmas, gamberras en algarabía porque dieron fondo los atracadores de puertos (...) ochenta o cien varas castellanas la desembocadura: bocacalle, boca de la vida, de los placeres, de la muerte (...) doncellas imaginando fantasmas, oyendo bramidos, piratas saltando de su bergantín al muelle, del muelle al poblado, del poblado a sus aposentos: canallas, bárbaros, amenazando, armados (...) puñales salpicados con sangre al tiempo, brazos de hierro, tatuajes, parches en sus perdidos ojos, patas de palo caminando (...) Isabel buscando al filibustero que en pasada correría la empreñó (amor a primera vista) el más fiero de los corsarios. Intuye que Ezequiel no revelará el secreto de entrada a puerto.

Cierra el manuscrito. El ahogo agita su enfermizo pecho. Mal de males, achaque de

los cincuenta y tantos que van marcando la cuenta de sus días y el peso de las historias remedadas. Otea lo refrendado por lugareños nigromantes:

Apenas hay dos estaciones: verano e invierno (...) llaman (...) seis meses en que no llueve y que en otros lugares corresponde (...) furia grande y en otros toca (...) tierra soporta abrasadores calores y la mentada pelona por los cuatro costados (...) gran cantidad sumerge montes e inunda (...) fecundo riego para la renovación, entonces las semillas dan frutos tres meses de haberlas (...) finos tabacos, generosos maizales y arroces que pertenecen (...) restantes robustos plátanos, café, cacao, naranja, piña, caña para endulzar y destilar licores.

## CÓDICE 5

—Puta-putilla-putón —repetían las casquivanas en el salón.

Fue entonces cuando aclaré que la maestra Ambrosina no había pronunciado esas palabrotas debido a su enjundia de preceptora, su estirpe familiar y ejemplo de línea recta. Pero sí, con tono aplomado, había dicho «prostitutas». En aquel instante su jeringonza fue una presurosa noria expresando el significado del término: «Acción y efecto de prostituir. Actividad a la que se dedica quien mantiene relaciones sexuales con otra persona a cambio de dinero». Imaginé que la trata de blancas era un negocio rentable. ¿Cuánto puede uno figurarse en la conversación de una maestra?

Hubo una breve pausa en su discurso: murmullos, miradas, gestos, risas. Luego siguió con la reseña:

—Entendemos por «rufianada», comúnmente la femenina, harto generalizada, aunque existen la masculina, la lesbiana, la gay aceptada libremente.

—¡Aleluya, padre nuestro!

—Afirman que los pueblos primitivos no la conocieron.

—¡Qué suerte!

—Sostienen que esta actividad apareció con las primeras civilizaciones urbanas, en las que se dio un tipo de lujuria sagrada, entre las mujeres que laboraban en el templo.

—¿Qué relación tienen las diosas, santos y la virgen pudorosa con el putaísmo?

—Para los judíos fue algo prohibido, aunque se admitió con extranjeras.

—Todas seguíamos con atención su relato.

—Los grandes libros dicen que en Grecia ya existieron las casas de camas en barrios separados, en que se diferenciaban muy bien dictarias de hetairas.

—¡Qué nombres!

—La Roma antigua las reguló, obligando a las lumis a inscribirse en los registros policiales. Cuentan que los antiguos romanos usaron más de sesenta palabras para denominarlas. ¿Cuántas empleamos en español? En nuestro país existe un registro completo realizado por un versado lingüista, tratado que

estudiaremos en otra clase. En la Edad Media fue aceptada como un mal menor, pero mal ante la Inquisición ciega y pirómana.

—¡Hostia, Señor mío!

—Con la revolución industrial alcanzó proporciones, consumo masivo y éxito comercial. Y qué decir de los alcances y propaganda de la red informática en que aparece y circula con vida propia en los vídeos que todo el mundo ve.

—¡Válgame Señor, cuánta altanería e insolencia de la era electrónica!

—En hora buena siempre existió una lucha de cruzados para erradicarla de la faz de la tierra.

—¡Ayúdalos, protégelos, Señor mío!

—Pero internacionalmente existen organismos contra la deshonestidad, cuyo objetivo es descubrir los hechos relacionados con la corrupción, obscenidad, pornografía, tráfico de mujeres, menores y migrantes.

—¡Qué mundo! En aquel tiempo aprendí, en teoría, todo lo bueno y malo de la vida con la señorita Amay, pero jamás imaginé aquella mañana en la hora de Antropología Cultural,

que años más tarde estaría en el Mil Amores del callejón. ¿Quién iba a sospechar que un despeñado romance de excursión y la muerte de mi querida madre me volverían una más de la congregación? ¿Qué cosas acarrea el destino? ¿Y, por qué, en aquel relámpago, no descifré la verdadera intencionalidad de las palabras de mi estimada maestra?

### PIRATAS III

Entre espejismo y velación bebe agua del sereno para aplacar la sed y el ahogo que lo afectan en las noches del ardoroso invierno ecuatorial. Ha escondido el malestar de su músculo cardíaco con un extraño fraseo.

—Cada quien es dueño de su destino y caída. La guadaña avisará la hora signada. Vida y muerte semejan un vaivén prolongado: ¿pesadilla? En esta vida no somos lo que somos, sino lo que imaginamos ser.

El cronista retorna al cada vez más antiguo epítome:

Las veredas recubiertas con maderos y los senderos piedra, para ciudadanos las primeras y para la gente de la carda los atajos. En los corredores de sus casonas cuelgan (...) mocora donde matronas y doncellas hamaquean contrariados amoríos (...) entrada de su cuartería están las ajadas rame-ras y las bellas pupilas portaleando favores. Impecables caballeros custodian a sus fé-

minas de noble cuna y rufianes controlan a sus peliforras (...) crujir de catres al compás de guarachas, pasillos, valeses, tangos, boleros del vencido siglo (...) ambrosías, vinos, adormideras de otros puertos (...) fritanga, aguardiente, perica en la rinconera (...) la fogosa noche penetra.

En la testa del cronista la ficción puede mucho más que la soñera y recibe un llamado de atención:

—Camarada, preste oídos al asunto, porque en los apuntes de los cronistas e impresiones de viajeros hay historias enmarañadas. Esa es la crónica de las grofas: todo para nuestro palimpsesto.

## CÓDICE 6

Esto nada tiene que ver con la escuela y las letras de molde, a coger se aprende cogiendo. No es que tu espadachín te enseña la primera vez. En la escuela aprendiste con la maestra que te llevaba de la mano. Aquí conoces a cada hombre por el tamaño, color, grosor y parada de su pinga como los rasgos de la escritura inglesa que recuerdas porque la letra con sangre entra. Siempre se amolda el molde de tu cosa a su batejaiba. Nada que ver con la horma de tu zapato. Uno aprende con el pasar de los días y el tiempo que corre. Aquí no hay libros, planas y reglas, por eso tú debes ser tu propia enseñadora. Olvídate del gusto y enamoramiento, no hay tiempo para el amor y esas cosas de telenovela. Este es un trabajo como cualquier otro y nada de que es legendario. Que la tal Valeria Mesalina y la fama es nada de nada, aunque fue reina, ella fue ella y tú eres tú, lo demás son cuentos del pasado. ¿Es tu primera vez? Todas hemos tenido nuestra primera vez. ¡Escúchame bien!

Ese montaraz te sorprendió y hasta quiso robar-te la plata, en quince minutos despachas a tu cliente y punto, cobras los seis sucres, cinco para ti y uno por la cama. No debes fallar en las cuentas, ya que el viejo alcancía lleva el control como cobrador de banco. Eso es todo, no lloriquees, no te ocultes, ya estás aquí, lo demás son gajes del oficio, como afirma Concha. No lo olvides, quince minutos es más que suficiente y nada de promesas románticas. Que nadie te hable de amor a primera vista. Nadie debe venir a recitarte al oído poemas de amor y canciones desesperadas, y que nadie intente levantarte la mano, allí todo entra, resbala y sale por ley natural como lo hizo el Señor que todo lo puede. ¿Que por el de farrear duele menos o duele más? Eso tú lo sabrás cuando lo pruebes de verdad. Ya deja de llorar, pierde el miedo que a todas nos ha pasado lo mismo. ¡Fíjate! Ya estás en Casa Acapulco que es el lugar más concurrido, ven aquí, busca valor y ganas, tienes madera para esto, ya verás con el tiempo cómo cambia la cosa. ¡Mira bien! Ese moreno te está observando, pero el mucha-

cho con las manos en los bolsillos debe ser tu elección, él no te hará daño, en cambio, el negro es fiero y tiene carátula de cabrón jubilado buscando ratón tierno para gato viejo. Tú vales oro y plata hoy, pero después no sé cuánto valdrás. Dicen que los años en nuestro oficio pesan y que las cuentas son crueles. Suca, esta es tu hora, lo demás son cuentos, pero guarda en tu repaso: el mejor consejo es no dar consejos a nadie. ¿Para qué remacho esta cantaleta? Si la vida de la calle te enseñará.

## PERJUROS IV

En la glosa de antiguos astilleros y armadores se notifica la voz del cronista:

Levantar anclas, tripulantes del Nautilo  
Escarlata: izar la vela mayor, viento bufa a  
favor, arriar la huesuda blasonada, travesía  
viene ya, aviso a navegantes que...

Recordó, por viejas lecturas, que el astillero  
había nacido allí. Todo lo tenían a la mano: las  
mejores maderas para resistencia, flotación,  
flexibilidad y largura. El arte mismo de los  
nativos, habilísimos constructores de canoas,  
piraguas y balsas insumergibles. Archiva el re-  
gistro náutico, no sin antes leerlo:

El impío lugareño (...) la Perla de los Sie-  
te Mares, caballeros de profundidades: Si  
ustedes no han navegado por el golfo aún.  
Si ustedes no han entrado hasta la villa de  
don Francisco. Si ustedes no han llevado  
su bergantín al mentado astillero. Si uste-

des no han bebido sus ardientes licores. Si ustedes no han degustado en las fondas del mercado del sur la manducatoria de la mar en tierra. Si ustedes no han arrimado al callejón de los placeres. Si ustedes no han rejuntado sus cuerpos con las bragaduras de una moza del partido. ¡Qué pérdida de tiempo! ¡Qué malgastada vida!

## CÓDICE 7

Jota Cazariego fue diferente a los otros preceptores del Instituto Corazón de Jesús de la avenida Eloy Alfaro. Su palabra imponía respeto absoluto en la clase. Nadie podía decir una expresión fuera de contexto. ¡Qué miedo le teníamos! Con él las cosas y acontecimientos debían llamarse por su nombre. Parece que aún suena en mi oído aquella voz de autoridad gramatical afirmando que el sustantivo sirve para la designación de personas, animales, objetos e incluye adjetivos y verbos substantivados:

—Señoritas mías, el discurso debe engendrarse correctamente: de la idea a la palabra y de la palabra a la idea que es la esencia de todo en el habla española. No vengan con esos modismos que repite el vulgo en cada santiamén: buscona, rebuscona, meca, remeca, chuchumeca, para referirse a las mujeres de las cuatro letras. Llanamente, deben decir prostituta, que viene de uno de los quehaceres más antiguos de la humanidad. Entién-

dase tías, pues españoles e hispanohablantes poseemos una gran variedad de sinónimos para signar a las mujeres de la vida airada por su alias. Presten oídos, como solía decir el escald inglés: mujerzuela, perendeca, rodona, callonca, cellenca, furcia... Recuerden, pequeñas niñas, que los filólogos clásicos siempre asociaron la palabra con el latín *putta*, muchacha, chicuela, especialmente chica de la calle, que ya en el citado latín se usó con el valor de prostituta. Algún día conversaré de Gaius Valerius Catullus, el poeta amador de Clodia, *El Satiricón* de Gaius Petronius Arbiter, *Sonetti lussuriosi* de Prieto Aretino, *Arte de las Putas* de Fernández de Moratín, *Léxico sexual ecuatoriano y latinoamericano* de Hernán Rodríguez Castelo, *Diccionario secreto* de Camilo José Cela, *Coños* de Juan Manuel de Prada y *Palabratalogía* de Virgilio Ortega. Palabras, presurosas palabras que ustedes bien pueden ir hasta la Biblioteca Teresa de Calcuta y consultar en las 887 páginas de mi diccionario. Aunque el hijo de Aracataca diga que en la República del Ecuador tienen ciento cinco nombres para el órgano sexual

masculino y Guillermo Cabrera Infante registró cuarenta y cuatro términos para al falo que siempre está en femenino.

¡Qué lista...! ¡Qué nombres!, pero él nunca cumplió y nos quedamos esperando. Desde entonces sentía que cada vocablo suyo tildaba mi existencia para siempre, como la de las mujeres de la vida alegre. Mi alma era un alma en pena vagando por el purgatorio de todos los pecados del mundo. Rezaba y rezaba tantas Ave María, tantos Padre Nuestros, tantos Magníficats, tantos Rosarios y tantos Justo Juez de noche y de día por todas ellas para que sus pobres almas ya no penen. Demonios, maestro: ¡hoy rezo, pido, suplico para que lo condenen y puedan realizar su cremación en el averno con su verbosidad de Leviatán que estampilló mi existencia! Las otras compañeras, seguramente, dirán que aprendieron en sus clases la riqueza de nuestro idioma, que gracias a usted engolan sus bocas, su correveidile de señoronas, viudas, abandonadas, solteronas de acrisolada reputación. Ellas, sus discípulas de siempre, melifluas zagalonas que dijeron siempre sí a su

facundia sin saber cómo y por qué lo decían. Ellas, sus queridas de ayer, han envejecido en su vida de tertulias, verbenas, caridad y fe. Ellas, las chicuelas del colegio de la avenida Alfaro, han venido a su velatorio a rezar un rosario salvador para su alma en pena y su disputado pene que fue de ellas en aquel ósculo de trunca cubrición: felatio, felación. Ellas, las de su cofradía secreta, cultivadas discípulas, devotas de su bragueta y aplicadísimas en los preceptos de su verija. Ellas, solo ellas, rogarán por la paz de su alma, por la paz de su cuerpo, por la paz de su pilila, por su reposo eterno. Ahora que lo veo y repaso en su féretro: quieto, amortajado, sin poder pronunciar la expresión correcta, pido al Todopoderoso que no le dé el descanso eterno, que no haya paz en su tumba y en su alma de *profesorro*. Sí, esta es mi última palabra, quizás no sea la más adecuada semánticamente hablando, pero es la mía y eso es lo que cuenta. ¡Asúnteme, añejo acechador de sentidos, bellaco seductor de pequeñas felatrices formadas con las artimañas de su labia y desvergüenza! ¡Óigame!, aunque ya no

me pueda dar ripio: atienda mi responso..., ¡hostia!, pero debo callar mi encono, porque estamos en su velatorio; y seguramente en la oración fúnebre, en la nota necrológica de la prensa y en los comentarios de la gente llana se destacará su biografía de meritorio ciudadano, creyente de la madre iglesia, reputado columnista del idioma, brillante formador de mocedades y ejemplar dómine de la lengua.

## PIRATAS IV

Oculto el documento y las palabras del apuntador se esfuman. Enciende el gramófono, coloca el disco, surge una vez más Jesús Fichamba cantando: *Soñé en un puñado de hombres surcando los mares. Soñé que Colón, acosado, tierra prometía...* Soñó que ataba los cabos de la calleja con su oficio de escribano traductor traidor. *Sintiendo su vida en un hilo con fe les decía: Es redonda la ilusión. Es redondo el ancho mar. Otra tierra gigantesca hay más allá...* Acaricia la redondez de la novella. *Tiene forma de mujer. Tiene senos de volcán. Yo lo juro, pronto vamos a llegar...*

—Escribir de la ciudad y la calle es transcribir, trasladar, traducir: no es plagiar —repetía el pérfido calcador desde su empañado universo.

Miraba el manuscrito, mientras el cantor continúa: *Aún se escucha a Colón convenciendo a la Reina.* Su imaginario vislumbra un horizonte de dudas: plagiar, plagiario, copiar o apropiarse en lo sustancial de una obra aje-

na. Sabe que toda burda reproducción está penada por la ley.

—¡Navegar entre dos aguas! —ordena el pirata prosador entrometido en la somnolencia. Trabuco, trabucar es transformar, invertir, también equivale a trastocar o tergiversar el sentido de especies o noticias y lo nuestro es noticia trasladada en el mejor sentido del vocablo, repetía con tono de convicción.

## CÓDICE 8

Cada martes de la semana mayor, desde hace años, las religiosas colombianas de la orden de las Hermanas Adoratrices llegan al barrio de tolerancia de la calle Salinas. Allí dirigen los rezos y la representación del viacrucis de Jesucristo en cada taberna. «Nuestro mensaje es que Dios las ama, a pesar de la situación en la que viven; Dios está siempre presente en ellas», manifestó una de las religiosas. Pero hoy es viernes de Semana Santa, Ambrosina va en el centro de la procesión; quema el sol invernal las alas de su sombrero; brilla el oro de su pesada esclava; fulge sobre su escotado pecho un crucifijo tachonado de esmeraldas; en sus cuidadas manos: el preciado misal, el escapulario que le obsequió monseñor Echeverría, la esperma de la muerte y el rosario de plata y nácar. Todos marchan hasta la iglesia del Cristo del Consuelo; salen del callejón y entran en la calle principal. Cruzan la avenida y desconocen el semáforo: la gente mira con ojos de asom-

bro y contenidas palabras; ya han dejado su calleja, ya la columna avanza lentamente, ya están avistando la cruz mayor del templo. El cronista, únicamente, sigue los pasos y compostura de la piadosa dama de sus ensueños; los parroquianos van parejos al que mancha papeles sin pronunciar palabras, sin repetir los cánticos, sin decir los rezos. La mandilada avanza lentamente a la casa del Señor de la Cruz por un milagro, por una hurgamandera, por una culpa que los inculpa, por remordimiento, por purita fe o por un perdón de siglos y siglos amén. José Asunción y Pablo Martínez caminan confundidos entre los creyentes espiando al periodista, mientras una prieta capulina ya entrada en años mira con odio infernal a Manguerón y Culebrón que beben su licor bendito que quita los pesares del alma.

## PERJUROS V

Había un fuego abrasador en el aire. Llovía con rabia, todo parecía inundado en la sombra de la ciudad dorada.

—Ahora que estoy cayendo, ciertamente, sé que escribí sobre actuarios, códigos, aparecidos y enamoradas del rameral que yacen bajo el panteón de Hurgamanda —susurró entre la apagada vida y la fiera guadaña.

Harto había bregado el cronista desde que levantaron el murallón en la calle prostibularia, pero fue en la pluviosa amanecida del miércoles veintinueve de febrero del dos mil doce cuando intuyó que había culminado su tarea. Llevó con urgencia su mano diestra al pecho, ya que algo le oprimía, y de súbito, su abatido músculo cardíaco dejó de bombear. Junto al texto impreso se encontró una nota que en plumada irregular rezaba: «De ningún modo dejes de cifrar: cuando no acontezca algo... no interrumpir el quehacer». Sabía como el cliente de Rosa Cabarcas que el oficio de escritor es tal vez el único que se hace

más difícil a medida que más se ejerce. Vivió un goce infinito al detenerse en las palabras finales de la crónica. Buscaba algo en el escritorio: anteojos, agua del sereno, su carajillo... Tal vez alcanzó a musitar: ¿Cuántas monsergas bosquejé para ellas? ¿Quién publicará el libelo? En una carpeta yacían fragmentos bajo el título de *Apostillerías del marjal*:

Libros y putas transforman el tiempo: rigen el día como si fuera la noche, y la noche como si fuera el día. Las putas, como los libros, tienen su tipo de hombres que viven de ellas y las maltratan. Los libros, sus críticos. A los libros y las putas les gusta contar mintiendo, cómo llegaron a ser lo que son.

Estos aforismos de W. Benjamin los debo a la traducción de Bolívar Echeverría y podrían funcionar como apostillas del relato. El hallazgo del cadáver y los manuscritos, como informó la prensa, se deben al regente de *Ediciones del Pirata*, quien llegó al apartamento del occiso el domingo 4 de marzo

para celebrar su aniversario 54. Se ha negado a emitir declaraciones: ¿Qué sabían ellos? ¿Qué divulgarán? ¡Cazadores de obituarios! ¡Demontre, quién iba a imaginar que lo suyo sucedería un año bisiesto por los que guardó presagios! Toma las galeradas a espaldas del fiscal.

—Editar el libro —dice y se esfuma cavi-  
lando que un texto de esa naturaleza es frag-  
mentario y cada nueva impresión es la sus-  
tancia de ediciones que pueden proyectarse  
al futuro.

El funcionario de la fiscalía incauta los  
cuadernillos de Ambrosina y se marcha.  
Quizá habrá que cotejar diario y *novella* ¿por  
ventura? Los agentes de criminalística sellan  
el apartamento, la bombilla alumbraba la habi-  
tación y un libro de Jorge Luis Borges perma-  
nece intocado en la mesa de trabajo.

## CÓDICE 9

La vida que llevas aquí no es vida. Al principio te preocupabas por lo que decía el borracho de tu padrastro, lo que sufría tu pobre madre, la vergüenza de tus hermanos y las murmuraciones del pueblo. Luego, que el destino está marcado, entras a un túnel sin salida, te alejas de todo, pierdes rastro, nombre, cariño, familia y amigas; vives en un cuartito de cualquier pensión, te registran con tu propia gracia en el carné de control sanitario que debes llevar al día siempre para evitar problemas con policías y cambiadores que quieren verte la cara y sacarte el billete. Clarito dice el canto: *que plátano maduro no vuelve...* Yo con los años sé que eso es cierto y que ese canto se volvió dicho popular o al contrario. Recién había terminado la escuela en Canoa, allá en san Isidro de Manabí para dentro, pero vivía en la playa. Canoa es un puerto de gran belleza natural y las gentes de allá somos como la misma tierra del paraíso hecha por la mano del Señor. Había terminado la primaria, tenía quince años, porque fui tarde

a la escuela y la señorita Rosario Leal, que era muy buena y me quería hartísimo, ella no sabía cómo decirme que yo era linda y que como era de linda era de ruda, que debía tener malicia y cuidarme porque los hombres se iban a jugar la vida por mí. Hasta que llegó Rivas al pueblo con su ruleta de colores a embaucar a la gente y de una la primera embaucada en el destino del primer amor y la fornicación pública fui yo. Todo el mundo supo cuando Rivas me llevó, pero nadie hizo nada para salvarme de aquel ruletero de feria. Aquí estoy desde entonces y sola, ya que Rivas desapareció de la noche a la mañana, esto hace doce años. Doña Concha me contó que lo habían muerto de nueve puñaladas por apoderarse de una caleña que trabajaba en el cabaret Las Rosas de Lago Agrio en el Oriente y que también andaba metido con la droga y la guerrilla de frontera. Rivas murió, yo me quedé repasando años con rabia y tristeza, porque como repica la melodía *plátano maduro no vuelve a verde y el tiempo que se va no vuelve*. No vuelve, pero entonces llegó el encantador de olvidos y se adueñó de mi corazón.

## PIRATAS V

Yo, dixen y nadien más entre vasallos de su Majestad con encono de siglos: Capitán Francisco de Orellana nacido en Extremadura de las Españas venido a las Indias de Colón para expediciones dixen parte escrito y casquivanos machacan de oídas con palabras otras. Soy de Trujillo venido aldea marismas gente habita hoy. Aquel que motejan tuerto, combate perdí güello en villa implantó Pacheco como San Gregorio de Portoviejo y con otros ibérica región pude llegar por Coca otro río dixen Amazonas y desembocadura mar navegado puerto Palos. Naidien más Panamá que yo dello digo una vez más pacifiqué, poblé, fundé en nombre y para su Majestad aldea Apóstol Santiago, población fundamento hixe grande servicio poblarla para siempre parte fértil toda criatura pueda dar cuenta, mirar gente también, della donde viven naturales pueden dominar aguas golfo al sur mar océano hemos de mentar Pacífico, en parte hembras, críos, donde hay navíos junto me-

nesteres. Hasta aquí en justicia relación hube dar en honor verdad acontecido allende mar de marres. Capitán en ellos por Su Majestad y en presencia notario corte, digo conquistado y pacificado villa he placido a Nuestro Señor que los más señores principales e indios ellas están convertidas fe nuestra, en nombre fundar pueblo españoles cual en el dicho nombre Santiago de la Culata. Agora gandules desconocen orígenes forjan historia a imagen semejanza de saberse otros fundados por otros han sido tres veces y otra no registrada en tiempo tantas veces asentamientos. En villa hubo calzada donde prójimas desplegaban bragaduras por espejos y doblones de plata, y que en estancia agora cegado calígrafo anda borroneando otra relación suelto de lengua.

## CÓDICE 10

—Nada de que mi Julio cantó esa melodía para la tal Garzón, nada de cuento y chamullo, porque el Jaramillo escribió esa letra para mí y punto final.

—Usted lo dice, comadre, y yo apenas la escucho, porque cuando habla del cantor nadie la para porque su lengua se dispara.

—Verá, hubo un tiempo en que él se encamotó conmigo y venía hasta mi antiguo cuarto todas las noches, con sus guitarristas, a decirme esa canción, la gente que ya lo conocía se quedaba quedita escuchando su dulce voz cuando me decía: Eres tú mi chica linda la que saco a pasear y ya lo aplaudían desde entonces. Sabe, comadre, el Julio sí que era un hombre del carajo, así como cantaba sin parar en las presentaciones el muy macho podía cogerme sin sacar la noche enterita y sin estar bebido, porque Jaramillo alzaba la voz, el codo y la pinga sin cesar como en su lindo canto. Pero mi Julio no es el que cuentan las lenguas de por aquí. Él era un caba-

llerito, bien vestido, pulcro al andar, fino al hablar y tenía siempre en sus labios, a más del lindo canto, esas palabras de purita poesía para mí, por eso fue que le pedí que me acompañara aquella noche de febrero hasta Radio Cristal para ver a mi Julio por última vez, y como dijo el coplero: «Para oírlo cómo cantaba de muerto». Comadre, no le cuente a nadie lo del Julio y yo, porque después han de andar diciendo que todo es invento mío, que estoy loca de atar y todas se me burlarán. Solo usted sabe cómo me puse el día de su muerte; fíjese, son casi treinta años y todavía recuerdo al bandido como si fuera ayer. ¿Sabía que cantó en todos los escenarios del continente «Nuestro Juramento» y nunca me juró amor eterno? Es que por ese canto lo bautizaron como Míster Juramento, cantaba pasillos, boleros, tangos, valeses, milongas, rock y hasta valsecitos peruanos.

»No me toque ese vals, comadre linda, porque me mata en vida esa maldita canción; él me la cantaba y como él nadie me ha tocado cuerpo y alma jamás. Así que lo de la Garzón es cuento como el de todas aquellas mujeres

que empreñó y creen que él es de su propiedad. Él no tuvo ni tendrá dueñas; su arte y amor ya es de todos y de nadie a la vez, comadre mía. Créame que yo sé todo lo del condenado; cuando él venía hasta el tres muy bebido me confesaba sus culpas y miedos, pero ahora que está muerto todos lo quieren y se lo pelean en algunas ciudades, las disqueras, empresarios, poetas, biógrafos, pintores, cuentistas, noveleros y hasta directores de cine lo hacen suyo y todos a la vez como su mágico canto, tal como lo hicieron con la Marilyn Monroe que todos la tironearon hasta después de muerta allá, por los años sesenta, que también fueron los primeros de nuestra calle. Usted debe ponerle asunto a la letra que dice:

Yo tengo una chica linda  
la que me hace padecer  
cuánto diera en esta vida  
por ser el dueño de su querer.

»Caray, qué cuerpo, qué concha, y qué trasero tenía, nada que ver con el de la Blanquilla Garzón.»

—Sí, comadre, yo he visto las fotografías de entonces que...

—Nunca me robó el condenado, y yo me quedé en esta calzada muriendo por él con mis recuerdos. Desfalleciendo de purito amor por mi Julio, Julio Alfredo Jaramillo Laurido, el único que me ha cantado así de lindo para envidia de las mujeres de esta calle y sus queriditas de turno. Yo fui su mujer en esos tiempos y, por esto de ser puta, nadie habla de mí en esos libros que han escrito sobre él.

—Comadrita, cuando el pillastre del Rurra venía a emparejarse conmigo, riéndose me decía que mi Julio cuando cantaba ponía una vocecita de marica y hembra. Se marchaba rondando mi cuarto, la calle y la esquina como si nada. Sabía usted que el muy pillastre tenía todas las mujeres que enamoró: estaba conmigo casi todas las noches de farra, con la Garzón tuvo hijos y ella lo cachó con un empresario artístico y también con la María Isabel Repetto, a quien le juró amor eterno, le empañó dos hijos de la fatalidad y la dejó para marcharse a Colombia por un jugoso contrato con una caleña culona que echaba

harta candela en todos los burdeles, mataderos y cabarés conocidos en aquellos años.

—Comadre linda, ya pare de lloriquear y sufrir por esos recuerdos de su cantor, y cuénte-le todito su cuento al escribidor que anda por ahí pillando leyendas de nuestra vida. Seguramente que la meterá a usted en esa historia que escribe de nuestra calle, esa telenovela de nosotras, que dicen que él siempre anda preguntando, oyendo y copiando en su cuadernillo y a usted la pondrá en cuerpo y alma con su Julio-juramento-fatalidad, porque a usted todavía le queda mucho por dar en esta vida; tiene memoria y labia para contar historias. Vaya, anímese, camine, corra de una y hable con él todo su lindo cuento.

—Comadre, por favor le digo, esa fue mi historia y se queda conmigo y nadie más debe saberla.

—Usted es la que se la pierde.

—Yo no pierdo nada, ya perdí todo lo que tenía en la vida con ese cantador-encantador de amores

## PERJUROS VI

El manuscrito permanece intacto, no obstante, piélagos y firmamento parecen acoplarse a la distancia y se ven de parejo azulino como su parda escritura. Traducir es expresar en una lengua, o sea la nuestra, lo dicho o escrito en otra, la de los hurtadores de las leyendas de nuestros antepasados... hoy encomiendan mudar, convertir e interpretar los acontecimientos registrados por ellos que fueron los sabelotodos de entonces, alternativa o disyuntiva de quien cavila en soledad. Sabe que el pastiche consta en el código penal, no lo pone en el lienzo de sus vacilaciones, porque entre coimas, conejos y calígrafos hay otras leyes y encomiendas. No obstante, delito o deleite, que no vienen a cuento concibe el coloquialismo fusilar para reemplazar a plagiar y avanza presto al paredón de las presurosas palabras.

Imagina que el bergantín pirata surca su retirada. Sobre el escritorio del capitán H. J. Collins entre la brújula, catalejo y astrolabio

yace el cuaderno de bitácora buscando tiempos en ultramar:

Dicen que la manera de poner proa segura aquí... permanecer en un punto de acogida o escapatoria... penetrar con un golpe de mar o salir... cálido viento suele ser mezquino y muy pocas veces una fresca ventisca penetra por su anchurosa... entonces debemos largar velas, navegar, no topar peñascos... cuántas veces permaneciendo en el alto del mástil con delantera apuntando puerto o la desembocadura de la mar de Núñez de Balboa.

Intuye que el traidor Ezequiel se hace a las profundidades con los tripulantes del Escarlata, el amanuense de la villa toma nota de los últimos acontecimientos y él convive en otro espejismo de escritura imposible.

—¡Hallar este código ha sido una suerte de alucinaciones que jamás imaginé! —repite desde el ensueño de perjuros y piratas que lo atrapa.

## CÓDICE 11

Murmuran que el vencedor del concurso para el barrio rufianesco es un pelafustán que se hace llamar maestre arquitecto ingeniero Leonardo Rafaello de Vines Mendoza. El pillastre aquel no ha nacido en la cuna de Olmedo. Pero no dicen que su propuesta fue original e irrefutable. Un proyecto de verdadera regeneración urbana para la calle de las marquidas. Aquel holgazán es hijo del petulante Conde de Mendoza de Los Ríos, que es bien parecido el bellaco y tiene arte y labia para hechizar a las mujeres. Cuentan que nació en la tierra del cacao al igual que su padre, con quien vivió en el mentado castillo de los lagartos y crímenes macabros hasta antes de marcharse a Francia. El dictamen del jurado fue unánime e inapelable. Ya nadie dice nada. Afirman que por obra y gracia de la fortuna familiar pudo educarse e intimar con la aristocracia europea en los liceos del viejo continente. Viste de pisada a testa cual señorito galo y su fragancia deja una estela em-

briagadora. Se graduó de arquitecto con honores en la universidad de París por los años ochenta. Eligieron su propuesta entre otras presentadas por constructores citadinos para reconstruir el barrio de tolerancia, como llaman en el ayuntamiento a los trabajos de la calle Salinas. Se levantaron voces de protesta por tan peregrina designación, ya que el supuesto maestro de obras había hecho completo malbaratamiento de la fortuna familiar en los centros nocturnos de la ciudad luz y después de tanta juerga compró título, certificado y licencia a un destacado arquitecto parisino venido a menos. Indican que a más del francés habla, lee y escribe inglés, portugués e italiano.

En buena lid hemos ganado lo de la *maison de prostitution*.

Saben, el tal ingeniero tiene facilidad de palabra y convencimiento, que a mí me dejó, así de corta, en la última sesión del Concejo con la fundamentación de su trabajo. Ellas están en llana libertad de expresar su provinciana envidia. Nuestro

proyecto de renovación urbana posee sus propias características. Características que el cabildo solicitó en concurso público.

Certifican que lo han visto en paseos, librerías, conciertos y eventos de caridad acompañado de distinguidas damas, según cada ocasión. También andan diciendo que forjó nombre y título, como su padre ya lo hizo tiempo atrás por falta de reconocimiento y sobra de fortuna que nadie sabe de dónde salió.

¿Nada saben de mi origen estas cacatúas y esos carpinteros de ribera que jamás emigraron de su aldea? Leo es apócope de Leonardo y de Vinces es el gentilicio del puerto de agua dulce en que nací hace medio siglo. Por coincidencia de tonalidad homófona corresponde con el nombre del genio que triunfó en Florencia hace algunos siglos, desde luego, salvando saberes y tiempo. Contaba mamá Enriqueta que mi madre murió por traerme prematuro al mundo y que en su vientre me palpaba con

cariño y desde entonces me llamaba Leo, Leo de mi León Mendoza. Leo, el único varón de entre siete hermanas. Lo que cuenta es nuestro proyecto arquitectónico, lo demás es rasgar sus vestiduras, patrañas de pueblo chico infierno grande. Hemos diseñado aquello que la calzada de *prostituée* requiere en estos tiempos y el cabildo solicitó oportunamente en concurso del que ya conocemos el veredicto. El burgomaestre aseveró que mañana iniciamos los trabajos; manos a la obra: maestros, albañiles, fontaneros y ayudantes que rue Salinas espera transformación. *Mutis fils de pute.*

## PIRATAS VI

Raya el día. Hay fuego abrasador en el aire de Santiago de Guayaquil en la mañana, al atardecer de invierno, a la hora que va llegando la noche e incluso cuando llueve con rabia grande. El cegado cronista debe peinar otra jornada en calles y meandros. Vislumbra en el rostro de los porteños que pasan una historia distinta para su faena. Mira a unos pelafustanes en plena fechoría. Sabe que la ciudad es una selva de cemento, como dice la canción, y él, apenas, un facsímil de Juanito Alimaña bogando el marjal de suripantas ribereñas. Con el estrago del duermevela el cronista le da una palmada al novelista al que le aconseja:

—Nunca olvide que la ciudad es una mistura de miasmas, ritmos, manducadas, barraganerías, patrañas y manuscritos de mortales que alcanzaron tierra tiempo atrás y fueron estampillando sus huellas por los cuatro costados de esta aldea sin rostro, pero nosotros debemos recrearla libremente.

Están en una mesa de El Montreal (frente a la esquina noroeste del Parque Centenario: Pedro Moncayo y 1 de Mayo) donde el novelista enmienda este escrito. El texto refrenda una historia conocida. La tradición da cuenta de dos autores que escriben una crónica novelada a cuatro manos sobre el lar de los manglares, incendios y piratas.

—La palabra —advierde el narrador— engendra usos y abusos de autoría, que bien pueden dar o arrebatarse tantos sentidos a un relato.

Ellos se marchan del café-bar como alma que lleva Satán con rumbo al suroeste. El viejo cronista sabe que el joven novelista conoce el oficio de la ficción, pero el viejo acuña anécdotas del fondeadero que deberían editarse y espeta:

—¡Cuánta desfachatez de estos copistas de crónica roja: pretender borrar una ficción sobre la ciudad de mis palabras!

## CÓDICE 12

Son tantos nombres, tantos mote que la motejan y amortajan: Calle Salinas, la seis por tres, Bahía del sexo, Recoveco de la perdición guayaca, Cuadra de rameras, la cinco, seis y siete, como la polla de las carreras de caballos de los años sesenta, Callejón de las buenas mozas, Cubil de chullonas, Arrabal corrompido, Esquina de fleteras, Angostillo de barraganas, Portal de las boquitas pintadas, Callejuela de volantusas, Arena de pobretas, Refugio de rabizas, Rocola cocotte, Puticlub, Catre de bellas durmientes, Barrio caliente, Huequito de amores y olvidos, Cueva de desorejadas, Mercadillo de trata, Carrusel de la cogedera, Confesonario del bien y del mal, Casona de los placeres, Cárcava de carcaveras, Brasero de ayuntamientos, Palacio putaño, Guarida de guarichas, Sanatorio del desvirgue, Casona pecados, Meandro cherinola, Burdelería hedionda, Sacristía del bien y del mal, Morada de jamonas, Cantera de meucas, Zaguán de piculinas, El lugar sagra-

do donde coge el más valiente y huye el más cobarde, Yoshiwara del marjal, Solar putesco, Subibaja de pisadas, Marjal de venéreas, Capilla de baldonadas, Infiernillo de mozcarras, Ruleta rufianesca, Mansión del amor pagado o simplemente Hurgamanda, o sea, la 18, como repite la gente. Es la calle más concurrida, aunque no aparece en las guías turísticas. Sitio en el suburbio guayaquileño, en el cuadrante suroeste del trazado para vías y señalamientos. El barrio cobró fama por la generosidad de las mujeres, cuando se escucha su designación surgen anécdotas sobre su origen, cantinas, bebedores, pleitos, horarios, manducada, jerga, la casa más frecuentada, alias de las zorrunas, la música rocolera, alcahuetas, verbeneros, caídas, pregoneros, el bar de Vilma Guanín, la vendedora de caramelos que heredó el oficio a su hija Angélica Mascarón, el Rey de la Galleta en Rincón Caliente, contando zorrupias como recuerdo de sus coplas para doncellas de ayer que hoy pueden ser las maletas de Casa Vilcabamba, el nonagenario pequeñito J. Silva alias Chicho Bello, retozando en el regazo de

ellas, el grandulón que paseaba enseñando su inmenso tatuaje azulino en el torso: *DIESIO-CHO*, Pelina, la bella turca, que vino huyendo de la esclavitud de su tribu para refugiarse aquí y la rancia polaca que daba cuenta de lugareños que se esfumaron entre el placer o el miedo de copular pagando.

## PERJUROS VII

—A la calle 18 —solicita el cronista.

El taxista responde con una sonrisa:

—Al triángulo de las Bermudas, estimados caballeros.

La ciudad va mudando en sus antiguas moradas y nuevas construcciones, parques remozados, calles adoquinadas, plazuelas retocadas, raudos coches, carretones cargados con frutas, monumentos, buses destartalados, coloridos quioscos, anuncios, el ómnibus de la Metrovía atravesando barrios maquillados por la ordenanza municipal que vocifera más ciudad, charlas entrecortadas, pillastres, pregoneros, lumias, culebreros, sonada música, mortales que van y vienen embriagados con los olores-sabores de la manducada que emana de esa inmensa fonda.

## CÓDICE 13

No recuerdo la fecha de la conferencia del cronista vitalicio de la ciudad de incendios, manglares y piratas, pero sonaba así:

*Buenas noches damas y caballeros que han venido a prestar oídos de mis palabras. Corresponde aclarar, a tan estimada audiencia que, únicamente, leeré ciertos apuntes de una crónica de futura edición. Esto de la prostitución que dicen que es el oficio más antiguo del mundo, podría ser tratado en una tradición más amplia del puerto de ayer, pero como la ética periodística vela ciertos detalles, daremos una idea, como quien dice a vuelo de pájaro, bien entendido que el tema forma parte de nuestra historia lugareña y no debe ser pasado por alto. Veamos: Miguel Valverde cuenta en sus Anécdotas de mi vida que cuando él era joven (1875) había señoritas del bajo pueblo que se dedicaban a este oficio. Una de ellas infectada con *treponema pallidum*,*

*a su vez lo contagió a numerosos caballeros de la localidad, que por eso eran conocidos con el remoquete de Los Caballeros Cruzados. Todos tuvieron mal fin, unos antes y otros después, locos o paralíticos. Triste historia ésta, pero verdadera. Entonces no se acostumbraban como hubo después las casas de citas, cada quien ejercía su oficio como podía, ni había barrio de tolerancia. Esta usanza recién llegó con los años treinta cuando un intendente colocó a las niñas malas en la calle Machala y allí estuvieron por muchos años creo que, hasta el sesenta, cuando las trasladaron a la calle dieciocho. No olvidemos que un tiempo ejercieron su actividad en Capitán Nájera y la calle trece de la que existe hasta una popular canción si la memoria no me es infiel. Hacia el cuarenta el intendente Rendón les fue a quemar los colchones con grandes aspavientos y haciendo gala de un despliegue de fuerza, porque había podido comprobar que estaban infectados de bichos como chinches, pulgas, ladillas, piojos y garrapatas. No había otra medida*

*higiénica, ya que la sanidad pública andaba en soletas y no se realizaba el control periódico que se hizo rutinario años después. La medicina también estaba comenzando y las enfermedades venéreas eran consideradas vergonzosas, de allí que numerosos pacientes se aguantaban hasta el final y otros concurrían a tratarse en horas convenientes, para que nadie los viera entrar o salir de tal o cual consultorio de médico conocido. Los tratamientos eran diabólicos e increíbles. Las blenorragias se mejoraban y con suerte hasta se extinguían después de más de un mes de lavados uretrales con sustancias ácidas que producían ardores, quemaduras y a veces hasta daño permanentes de la vejiga. Las enfermedades prostáticas tuvieron tres etapas de curaciones. A finales del siglo pasado se quemaba la próstata con ácido hasta volverla inocua. Luego hacia 1920 se las empezó a extirpar mediante complicadas operaciones que dejaban grandes cicatrices, ahora todo se ha simplificado con ganchos quirúrgicos, que sirven para extraerlas por la uretra sin ne-*

*cesidad de abrir al paciente. Caray, lo de la sífilis fue desde los comienzos de los conquistadores un azote en América, no porque tuviese la intensidad que cobró en Europa renacentista, sino porque era incurable a pesar de las medicinas milagrosas que se administraban. Los cronistas de Indias la confundieron con otras dolencias por sus parecidas características y le decían sifilíticos a cualquier leproso elefanciaco, buboso o enfermo de la piel.*

*Nuestra querida villa gozó en este sentido de gran fama como sitio de reposo y curaciones, puesto que en las peñas de su río crecían en forma silvestre la zarzaparrilla que recocida en agua producía un líquido rojo y amargo, excelente como depurativo de la sangre. Tomar pócimas de Smilax áspera era bueno antes y ahora para curar granos y acné, para tonificar el organismo, lavarlo y quitarle sus impurezas, pero nada más. Entonces se creía que la zarzaparrilla curaba todo. En las cartas de García Moreno publicadas hace algunos años hay muchos pedidos de la planta bendita que hacían los*

*parientes y amigos de Quito para mejorar la piel y se nota que su comercio era intenso dada la gran demanda que tenía el producto en el país. En la ya antigua Villa del Villar de don Pardo (Riobamba) ocurrió el hecho de que un holandés, a quien le achacaban estar sifilítico, se vino al puerto y curó sus dolencias, regresó después a la sierra donde vivió en paz y por muchos años. Y que algunos tipos de Beriberi, graves en los climas, se mejoraban en los cálidos y húmedos, como le sucedió al extranjero del cuento.*

*En nuestra urbe casi siempre el ganar con el cuerpo estuvo unido a la pobreza y se practicaba por simple necesidad, nunca hubo vicio de por medio, nuestras mujeres sólo eran víctimas de las circunstancias. Fue en este siglo que algunas se liberaron de la conciencia social haciendo su regalada gana como mujeres libertinas y para ello se unieron y establecieron sitios de distracción ubicados en la periferia de la urbe, casi siempre cercanos a la conocida Plaza Victoria. Para 1939 eso era un hervidero de casas llanas, cantinas y lupanares que poco a poco han*

*ido desapareciendo para mejor suerte del barrio. Pero, sabemos, que en la zona mencionada hasta hoy se ejerce la copulación de precio: calle Colón y su entorno. Entonces fue que aparecieron las salas de baile a la usanza de las de Panamá donde los gringos las habían establecido cuando construían el Canal y hasta hubo algunas muy rumbosas como la del español Generoso Martínez que hacía honor a su nombre cobrando lo debido, sin estafar a nadie y hasta concediendo ciertos créditos cuando la ocasión era propicia.*

*En cuanto a la alcahuetería clandestina, la más peligrosa, por cierto, no cabe duda que siempre se la practicó y a veces hasta sin mayor recato. Esas señoritas malas, como el vulgo les decía, vivían casi siempre en departamentos bajos cuyas ventanas de ordinario permanecían cerradas y solamente les entraba la luz y aire por el patio posterior. Tenían sus empleados de confianza que iban por las calles y oficinas proponiendo reuniones y era de ver la cantidad de clientes que obtenían. Unas hubo que se daban el lujo de escoger a sus clientes y otra hasta*

*circunscribía su radio de acción a ciertos profesionales y propietarios de prósperos negocios, pero esto es cosa del pasado porque las mujeres actuales se han liberado y en uso y abuso de la igualdad tan cacareada, ahora hacen lo que les viene en gana y no necesitan andar de picos pardos y a escondidas, a la chita callando, como las antiguas chicas malas que dieron tanta candela, por eso el folklore hizo que en cierto juego de cartas, se colocara una, adornada con una calavera y cuando salía destapada había que cantarle la siguiente coplilla populachera y picaresca, pero no exenta de sabiduría: La Calavera de tu abuela, que en su tiempo dio harta candela. Punto final.*

El público, que abarrotó el paraninfo de la vieja casona universitaria, ovacionó de pie al expositor unos minutos con aplauso sonoro. El conferencista dijo gracias y esbozó una sonrisa complaciente.

## PIRATAS VII

El fabulador continúa descifrando cual hipócrita lector de las flores del barrizal. ¡Lotería, lotería!, repite una pequeña vendedora de la suerte ambulante. Benito de Jesús Láinez, camarero de El Montreal, trae una cerveza fría al escritor y pregunta:

—¿Qué pasó con los otros poetas, estimado maestro?

El novelista frunce el entrecejo y sigue en su afán descifrador.

El chofer lanza:

—Hemos llegado al paraíso del amor pagado, mis bravíos correligionarios. ¡A tirar, a tirar, que el mundo puede acabar!

Se apean del taxi, cuando una ambulancia cruza rauda por Milagros y Gómez Rendón con su ulular de urgencias y muerte.

## CÓDICE 14

Digo que me atienda de una vez por todas, porque nuestra vida no es fácil como suponen los lugareños y usted anda que escribe: debe saber que el andar, porte y genio de una dama cortesana no son los de alguien que se entrega como una casa de puertas y ventanas abiertas. Dígame, qué es eso de pactar, encuerarse, examinar la pinga, cobrar el punto, poner el capuchón, acostarse, abrir las piernas, moverse y concúbito acabado. Muchos glosan que nuestro fondo encaja con esa idea que se repite por ahí, seguramente porque creen conocer las costuras del ropaje que cubre nuestra disposición en el momento del acto carnal y, así ocurre, se prefiere una razón ligera cuando la tarea nos presenta querendonas, sin embargo, dicho acontecimiento precisa normas y excepciones que se ajustan a los deseos del cliente, fantasías que tienen su costo. Esa visión sobre la tolerancia deja cierta volatilidad en el imaginario de la gente que supone cambios apartados de los

códigos de una moza de la fortuna, cambios que provocan celos que pueden ir desde el modo de proceder hasta el jugueteo en su afán de trabajo. Fíjese que hay poses que pueden ser la envidia de cualquier pasarela del mundo de la moda; posturas para atraer parroquianos, eso no lo sabe usted y opina sobre el quehacer seductor que es la clave del apareamiento; hechizo artificial de huicsa en conquista, ha borroneado; hechizo que suele estar guardado en una caja, resguardando intimidad que desconoce y enumera con la levedad de una mirada; sonrisa, escribe: sonrisa ensayada, guiño sensual, movimientos y un gesto del trato que desnudan comportamiento. Usted, señor escribano, que escribe en vano: no sabe nada, apenas repite lo que cuenta la esquifada; mal repite, digo, y borronea en su cuaderno las historias de la calle, que como las de la ciudad son un juego de palabras que van de aquí para allá cual correveidile. Yo hablo con palabras cristalinas. Usted reescribe con frases forjadas. Asíntese bien: preste oídos y ojos, afine el olfato, corrija el gusto, averigüe, converse con las fu-

lanas más viejas, charle con Vilma Guanín, contáctese con la gente que conoció a mamá Concepción, no deje cabos sueltos, júntese con igüedos, rebusque historias y no imite a los picotereros del pasado. Vuelva a aguaitar con vehemencia de engibador, y entonces, la escritura correrá desatada; pero como no me asunta, he escrito en su cuaderno este recado: «Lo mío es la administración del Mil Amores, lo suyo el quehacer de las palabras que ingenian historias».

## PERJUROS VIII

La ciudad dorada sigue en su vaivén jacarandino aguardando que la entinten con refinada plumada. Hurgamanda a la vista, ataviada de fiesta con su almizcle de siempre: vendedores ambulantes, comida para chuparse los dedos al paso, parroquianos en largas colas de espera, las coscolinas luciendo las galas del oficio, guardacoimas controlando cercos, mesoneras sirviendo coquetería y licores, pillastres aguzados, mirones, maricas llevando viandas, chapas, tatuadores sombreando en la piel otra historia y los rufianejos en la mira de sus mujeres.

El cronista señala la ruta, el novelista sigue el rastro como fugado del espejismo nocturno, en aquel soplo descubre los pardos luceiros de una pelandrusca y tararea imitando la voz de Olimpo Cárdenas: *Morena mía costeña linda angelical tu lindo hechizo cual una rosa tiene el perfume bien tropical...* La mujer lo mira y sigue en su quehacer. *...tus lindos ojos negros tan negros cuando los miro siento*

*el amor... Ella no pierde de vista al cronista. ...porque son ellos los que me embriagan y enfermo llevan mi corazón...* Se agita su aquejado pecho, para en seco, respira lentamente, extrae la libreta de anotaciones con un bolígrafo de tinta negra y, es entonces, que emprende otro enfoque del angostillo. La fémina ya no atiende a sus clientes. *...si yo tuviera poder divino te haría una reina, te haría la dueña la única dueña solo de mí serías la diosa la prenda hermosa por tus encantos por lo preciosa de Guayaquil.*

—¡Una perla en el muladar...! ¡Una diosa del marjal! —repite el que mancha papeles y borrona una escritura distinta y desatada como el cálido viento que lo envuelve. La confundida sigue sus pasos y la gente comenta la escena final.

—¿Me buscabas? —susurra la mujer con tono meliflúo.

—Sí, te he buscado, he peinado la calle día y noche.

—¡Qué dices! ¿Por qué canturreas? ¡Andas enfermizo! ¿Te estás muriendo?

El improvisado cantor responde:

—Habras en mis sueños y convives en los renglones de este mentidero.

La mujer se aleja y él queda silente en el callejón.

—Camarada, levantar textualmente toda la calle es la encomienda. Hoy no hay tiempo para amoríos y cavilaciones, la otra crónica está a la vuelta.

## CÓDICE 15

Juzgaría que Carnicero soltó esta anécdota a los desenchufados de El Montreal. Al bar había llegado el salsero-sabor-sandunga, como le decían al poeta Luis Fernando Nieto Cadena, quien de una lanzó:

—Aquí nada pasa, carajo... Hay que buscar el ritmo en Barrio Caliente, queridos cantores.

Abordaron un coche que parecía lancha y se alejaron al oeste. La calle del deseo ya era barrio malo y corrompido, como dice el bolero. Siempre fue reputada por sus cantinas, música, niñas, germanos y hablas de la ciudad que la vio nacer en un ramal del estero. Llegaron hasta la casa de una comadre del hacedor de versículos. Allí, como si fuera el dueño del garito, el glosador de versos más desfachatado que haya parido-exiliado la perla patria al mundo entero, mandó a callar la gramola con sonora palabra, para que Pablo fundiera su *Yolanda* con la voz de Omara Portuondo y diera vida al bolero *Veinte años* de María Teresa Vera, Silvio mezclara su *Uni-*

*cornio azul y el Playa Girón con Chan Chan* de Francisco Replicado y *El carretero* de Portales en la mejor imitación de Eliades Ochoa, algo hizo Noel dejando su habano en la diestra de Caradecauchó, que grababa todo para los relatos de su *Buhardilla*. Atacando cuerdas, tumbas, maracas, güiros, voces en los mejores ritmos de la música cubana que impuso los bailes en El Buena Vista Social Club y ahora se tomaba el Mil Amores de golpe sonoro. Todos enmudecieron ante el espectáculo salido de la magia musical que ardía como el Caribe en el salón. El bardo se fue de rumba en su peculiar estilo. La dueña ordenó que cubrieran la mesa con un improvisado mantel. Pidió que sirvieran el mejor licor de la casa en las copas de cristal que guardaba para la fiesta de los quince de su hija. Que las jineteras atiendan a los cantores amigos de Nandito que había venido a visitarla desde el mero México con estos caballeros que sabían tocar la música que se escuchó en la calle hace años.

La historia es cierta..., verdad verdadera. Sí, señor mío, aunque usted no me crea ni

una sola letra, Fernandito es como mi macho que vuelve de tiempo en tiempo, el único que me ha dicho palabras bonitas, es un poeta de verdad, aquí tengo el libro que me mandó desde Aguascalientes con dedicatoria que dice: «Somos asunto de muchísimas personas». Entonces se vivió una de las mejores fiestas, que ni recuerdo a qué hora terminamos al día siguiente. Lo demás es ficción que la gente aún recuerda y repite como rumor del pasado aquella música que se prendió esa noche de copas, mujeres, cantores y hasta siempre comandante. Tome nota, que la memoria es frágil y traicionera, por eso esta historia en su libraco debe ser contada con buen ritmo.

## PIRATAS VIII

Otros filibusteros en el golfo. Se repite el duermevela y él naufraga en sus lecturas e invenciones. Repasa titulares de un antiguo tabloide:

Masacre de estudiantes en vieja casona de las calles Chile y Chiriboga por libre ingreso a la universidad. Asalto al camión blindado del Banco Central. Levantamiento indígena llega hasta la capital. Alcalde inaugura Malecón 2000. Trabajadoras sexuales y gay desfilan en la avenida 9 de Octubre. Maestros en las calles por ley de educación. Rafael Correa arremete contra los medios de información y rompe un diario. Barcelona y Emelec en segunda fase de la Copa Libertadores. Jubilados en huelga de hambre crucificados en las puertas del Instituto de Seguridad Social. En isla del Amortajado hallan submarino que llevaba droga a México. Violan a estudiante en bus de la ruta 63. Policía metro-

politana expulsa a vendedores ambulantes y mesalinas que se habían tomado calles y parques. Incendio deja muerte y pérdidas en La Bahía del comercio. Burgomaestre inicia plan regenerador en zona de tolerancia. Robo y crimen en Metrovía. Nueva representación de *La casa del qué dirán* del dramaturgo José Martínez Queirolo.

## CÓDICE 16

Rubí es mi nombre de pila, con el me han llamado siempre, no tengo motivos para cambiar mi gracia, aunque usted no crea que sea una bendición de Dios y la naturaleza. ¿Cambiarlo, como lo hacen las mujeres de la calle, las cantantes o las estrellas de cine dejando en el olvido su propia identidad? Ellas dicen que uno jamás debe revelar su apelativo, aseguran que es como desnudarse ante la gente y contar los secretos. Pregunté a mi madre por qué me dieron esta linda designación. Ella nunca pudo responder, apenas decía que mi padre la había tomado de los relojes que reparaba. Papá se marchó, exactamente, el día que dejaba Manta el Circo Amazonas y desde entonces ella tuvo que asumir la responsabilidad de la casa con siete muchachos de escuela. Obligación que me negué a llevar hasta el día que llegó Reynaldo «Huazaamallette» Mendieta y empezó a repetir mi nombre con cierto acento, aún escucho cuando me hablaba de paraísos no imaginados, me

pintaba con labia y manos sitios que jamás conocería si me quedaba lidiando a mis hermanos que no eran más que una caterva de mal amansados hijos de Satán. Me hizo suya y de todos a la vez en esta rinconada. Y no fue hasta esa tarde, en el Gran Pasaje, cuando el viejo joyero cuencano supo explicarme el significado de mi gracia:

—Es una de las tantas piedras preciosas, quizás la de mayor estima, mineral cristalizado rojo rojizo brillante intenso, más dura que el acero, pieza extraordinaria en orfebrería y relojería, las más apreciadas proceden de Myanmar.

Por ese platero pude conocer la esencia del tratamiento con que mi padre me cristianó. Nada de alias de batalla, siempre me han llamado Rubí. Así me seguirán llamando hasta el día en que tenga que rendir cuentas al Todopoderoso. Rubí, le repito cuantas veces sea necesario, ese es mi nombre y no lo cambiaré jamás.

## PERJUROS IX

En el estudio una tenue luz alumbraba las galeradas, mientras culminaba la revisión de la *novella*.

—¡Desenterré tradiciones para hilvanar el rostro de la ciudad y bosquejar la silueta de Hurgamanda! —alcanzó a susurrar cuando soltaba el manuscrito y se abismaba con los dictados de Ambrosina de Amay.

—¡Qué gustos los de ella, qué suerte la de él, digo y punto! Porque ya hemos platicado del cronista y casi nada de ella.

—Camarada, Concha me contó que Ambrosina era de buena familia, que había estudiado en un colegio de gente de mucho dinero, que un viejo sátiro de su familia la desfloró en la fiesta de su cumpleaños 85 y se armó un lío de honor, venganza, sangre, herencia y muerte.

—Otra vez falseando como el escritor. Ni usted se cree ese cuento de Concha que siempre escondió identidad y origen de su sobrina-hija.

—Fíjese y oiga de buena gana lo que Vilma me relató esta historia:

Ambrosina llegó muy mocita a la calle. Allá por los ochenta más o menos si la memoria no me falla. Yo no he visto en los años que llevo trabajando aquí, y ya son hartos, una mujer tan bella e imponente como ella: qué porte, qué cuerpo, qué cabellera, qué color y suavidad de piel, qué plantada, qué andar tan elegante, qué palabra para tan culta y los modales de una damita de sociedad (...) Cuentan que un ricachón de la ciudad la trajo una noche de invierno y la dejó donde Concha Justicia y desde entonces ella la adoptó como hija (...) que la muchacha no trabajaba en esto y se pasaba junto a su madre-madrina administrando el Mil Amores (...) hasta que un día se vistió con escotado traje negro, encendidos coloretos, alborotado el cabello, altos tacones y apareció en el soportal con aires de corrida rodona ante la sorpresa de la gente de la calzada; fue el día que Concha había entregado las herramientas al hacedor de los cielos que...

## CÓDICE 17

Hasta que pasas la prueba del examen sanitario, exactamente cada quince días en el Centro de Control Profiláctico del Ministerio de Salud Pública. Allí en el dispensario de la avenida Olmedo y Chimborazo con su olor mortecino de anfiteatro: esa sala de espera repleta de mujeres de toda la ciudad; la amargada secretaria medio sorda de la recepción; las bancas desvencijadas que te duele toda tu humanidad; la regordeta enfermera que te mira con una cara de sargento de policía; el médico de turno que mete sus manos con guantes de hule más allá del alma rebuscando con morbosidad todos los males de tu existencia; los pacientes de tratamiento que quieren adivinar tu enfermedad; los estudiantes que van para obtener el certificado de salud para ingresar a la universidad te acechan con desnudo recelo; la puerta del laboratorio donde nadie puede entrar; también estás en la mira de las otras mozas de la ciudad que creen adivinar tu verdadero quebranto; la estación de

enfermeras; la sala de toma de muestras con los vampiros chupadores de sangre, los sillones que parecen las sillas eléctricas de Alcatraz y sus agujas entrando en tus venas hasta romper el alma; el entrometido visitador de matasanos que lleva en su negro maletín la inyección curadora para tu mal de males; la inquieta muchachita de la señora que está a tu lado te observa con sus ojitos de asombro; el birloche que te vigila y apura con faroles de guardián de faldas; los voceadores sencilleros que te ofrecen baratijas de moda; la crédula hermana de la caridad predicando perdón, vida sana, constricción y cielo para todos; el rengu limpiapisos que paraliza su trabajo y observa con odio a los padecientes; el infalible agente de seguridad que cose y descose con sus vidriosos faroles a todos los presentes y los carteles que cuelgan de las retocadas paredes con sus anuncios que llegan y no a tu conciencia (las enfermedades venéreas se curan con un buen tratamiento. Trabajemos juntos por la vida y contra el SIDA. Herpes... herpes...). Allí pasas horas de horas aguardando el resultado de la prueba que niega o

confirma la gonorrea, la sífilis, el chancro, la hepatitis... ¡Qué padecimiento, qué infierno es pasar lo del examen profiláctico para poder trabajar tranquilamente en la calle y que nadie te joda la existencia a cada instante! Sin el certificado al día no puedes ejercer el oficio: te habla Concha con su voz de trueno, te pregunta la Tula Camacho con ensayada zalamería, te lo pide el encubridor cada mañana antes de iniciar la jornada, siempre lo revisa el gayón, y cuando llega la gente de sanidad debes tenerlo actualizado y sin tachones.

## PIRATAS IX

Ciudad vieja ha mudado tanto en sus formas y usanzas. No existe un libro que la entinte por completo. Ustedes deben estar al tanto del asunto. Saber, de primera fuente, que el antro, que ahora conocemos con ese remoquete numérico, empezó en los muelles, en canoas de épocas pasadas, en el muladar contiguo a la Quinta Pareja antes de llegar a la avenida Machala; el meandro arrancaba desde Colón hasta la avenida 9 de Octubre; había chalets y casonas destinadas para las correrías de las mozas del partido; luego fue ubicado: primero en la calle 13, de la que hay una canción con el mismo nombre que compuso el colombiano Pedro Laza Gutiérrez, el de la Sonora Pelayera, por ahí conservo el disco de 45 RPM de la disquera Fuentes y después en la décimo octava, por ordenanza de un alcalde rengu, cuyo nombre no viene a crónica; creo que unas damas de la noche se apostaron en el desaparecido Parque Montalvo y luego se lanzaron por las inmediaciones

del Museo Municipal, el Correo, La Palma, Casa Tosi y hasta la plaza Rocafuerte. Desde los años sesenta el Ministerio de Salud controla el sitio de las prostibulantes, por eso el trato con ellas es más seguro y menos peligroso, pero hubo un intendente de policía que mandó cerrarla todos los martes para que ellas pasaran el examen profiláctico de ley. Visité el barrio rumboso con dos poetas que, obsesionados con el tema, anhelaban escribir una crónica de la calzada sin nombre que todos nombran; ellos en juego de ficción habían trocado el título por el decir de hurgamanderas, palabra castiza que viene de otras culturas y gentes. Los libros que cuentan la aldea poco apuntan del lenocinio y su origen. Pero veamos desde acá. Ya en la leyenda de los Gigantes de Sumpa se cuenta del harén de Otoya; todos hemos oído a las maestras relatar las desfloraciones que perpetraron los conquistadores a las indias. Modesto Chávez Franco describe un episodio de mujercillas y casorio múltiple en la plaza pública en 1776 por ordenanza del corregidor Ignacio Arteta; en el libro *Las calles de mi ciudad* apenas se

las cita con trazo de arquitecto, pero su autor las describió con lujo en *Pelanduscas*. Hay señas de ellas en *Celebridades Malditas*, en las crónicas y poemas de Medardo Ángel Silva y en los siguientes títulos: *Jaguar*, *Baldomera*, *Ciudad nocturna*, *Papirusa*, *Bulevar Manigua*, *Nunca más el mar*, *Poliandria maldita*, *El Rincón de los Justos*, *Sobre una tumba una rumba*, *Calle de las Samaritanas del amor*, *Virgen de medianoche*, *Corazón de Matasarnó*, *Pueblo fantasma y claves de JJ*, *Manuco*, *manuquito*, *manucón*, *Buhardilla*, *las colografías De la oscura ciudad*, *Salinas, una calle que se inventa cada día* y *Mis Chicuelas malas*.

## CÓDICE 18

—¡Caramba!, mejor repite la de Cenicienta, porque lo de la Guanín tiene olor de tele-novela barata.

—Solo le digo que ella es la reina de la calle, no importa que aparezca inventada o incompleta en el libro del cronista. Mire este retrato, que no es de colores, pero es la majestuosa presencia de ella, tan bella, y fíjese que está en sepia. El retrato lo tomó mi compadre y viejo amigo, Elio Armas.

—Pero la Tula Camacho me refirió que había oído a la Concha contarle a un caballero ya entrado en años que solía ocuparse con la negra, que los orígenes de su hija putativa y heredera eran tan oscuros como los retazos de una colcha bregue que cubría parte de la historia de la ciudad de los manglares. Que dicho señor asuntó las palabras de su consentida de cabo a rabo y la duración sonó más o menos así:

Que en el fondo de la mansión familiar se callaba la historia de María Ambrosina,

pues su santa madre había sido producto de una relación incestuosa entre un banquero de afamada virilidad y la blanca dama que provocó el gigantesco flagelo del año 1939 que se conoció como el Incendio de El Diablo Rojo; que todo eso era purita verdad, aunque personas, tiempo, motivo y espacio no concuerden con la edad de la muchacha que supuestamente nació por el año sesenta del siglo pasado.

—Caray, esta relación tiene sus bemoles, pero de un modo u otro me suena tan música del mentidero, ya que el citado fuego dejó bien nacida a la madre de Ambrosina, 23 muertos, casi 100 heridos, 8 edificios completamente calcinados, mucha gente tocada y algunos millones de sucres en pérdidas.

—¿Quién gana y quién pierde en la ciudad del río y el estero? ¿Qué habría estado imaginando su *mamma* cuando se la engendraron? ¿Qué habría dicho su padre cuando eyaculó en esa angelical vagina? ¿Con qué cincel del priapismo esculpieron aquella noche de incendios a su madre?

—Pero nuestra Ambrosina fue pintada con el modelo de Zeuxis porque tiene algo de la Lollo, esto de la Greta y mucho de la Loren.

—¡Caray, se ha ido usted hasta la antigüedad griega y al mundo del celuloide para compararla!

—¡Camarada!, uno sabe algo de algo en esta vida.

—Esas diosas, tan bellas como ella, que vimos en la pantalla de cines como el Presidente, el Luque o el Metro de la calle Boyacá.

—El Tiznado me contó que, en la bodega de vinos de Celestino, la de la callecita Zaruma, donde bebían los desenchufados, colgaba un retrato en la pared de Ambrosina.

—Recuerdo el dibujo...

—Aquel retrato estampado en la pared, antes de llegar al baño, lo trazó Humberto Moré una tarde que se pasó hablando de su modelo y la iba esbozando con un lápiz de carpintero.

—Yo lo vi. Yo puedo dar fe de las palabras del Tiznado embaucador.

—Nacida como una verdadera iza, pero al contrario de las otras féminas de la 18, nunca

perdió estirpe, el brillo de sus ojos, la tersura de su piel, la frescura de su rostro, la hermosura de sus pechos, la perfección de su vientre, el encanto arrobador de sus caderas, su andar y decir de cortesana culta de palacio.

—¡Otra vez, usted, haciendo palabrería de poeta para describirla, exagerarla!

## PERJUROS X

Ahora y en la hora hay que decir la oración bendita y pura, invocación que quita los pecados del mundo: Justo juez y Señor mío, tú que todo lo haces en la tierra como en los cielos, no me desampares en las noches de largas jornadas; no me dejes sola en la mañana de cada bregar; cúbreme con el poderoso manto de tu madre, hacedora de perdón, en el ligar de la tarde. Escucha con generoso oído, porque diré la rogativa que habíamos olvidado: Madre de todas las madres de esta tierra de mortales, cuida mi bar de todo mal, nunca olvides, señora mía, que yo soy contigo en cada instante, decoro con flores nuevas tu altar cada alborada, enciendo cirios de fe en cada tránsito, digo tus rezos, mando a decir misa cada viernes, organizo con las Hermanas Caritativas las estaciones de la semana mayor para guardar a las mujeres de mi casa y a los parroquianos también; al finalizar el mes llevo los diezmos hasta la sacristía, digo mis pecados y recibo la comunión del señor

cura, porque al decir la plegaria sé bien que tu divina justicia siempre estará a mi lado; jamás desampares a los mortales de calle Salinas que siempre están contigo. Poderoso Creador del universo, tú que todo lo vuelves posible en la vida: concédele, al copista, la visión que al nacer le fue negada, prodígale la capacidad auditiva diezmada con los años y sana su enfermizo corazón que lentamente lo está matando.

## CÓDICE 19

No lo ponga en duda nunca jamás: nací deífa como mi madre y abuela que cogían en la Balsa Blanca de Babahoyo. Y no venga con el cuento de que soy la más bonita de la 18, que está enamorado, que quiere casarse con velo y corona, que seré la madre de sus escuincles, como dice el corrido mexicano. ¿De qué sirve ser bonita? Eso no vale nada porque la que se rompe siempre seré yo, hacedor de amores como la flor del día. Hace años fui reina de la calle, pues despaché treinta y tres hombres en una jornada. ¿Para qué sigue indagando? Sus palabras no cambiarán mi vida, aunque me ponga en un poema, aunque haga el escrito de mi vida, aunque gane el premio de las letras por mi cuento, yo seguiré siendo la misma y usted mi amigo, que hasta le he contado algo del pasado. Yo nunca desnaturalizo nada y usted engaña a las otras con esos escritos almibarados. Le digo, de verdad, no recuerdo haber sido virgen. ¿Pero...? Calle y deje de pregun-

tar, pare de escribir, apúrese, aquí el tiempo cuesta, y ya debe pagarme. Yo no quiero sus rimas de poeta enamorado, no olvide en sus olvidos de plumista, que soy Lina de los Ángeles Luján Olivares y no vivo en sus fantasías, porque estoy en el cuarto once del Mil Amores desde las diez de la mañana hasta las diez de la noche fregada porque la espalda, vagina y asentaderas duelen y se joden. Eso usted no lo sabe y nunca lo pondrá en sus relatos de palabras rebuscadas que junta para inventarme. Ya le he dicho cada noche, cuando llega de su otro trabajo, que palpe con su ciego tacto el cansancio que siento, y usted me mira con su ojo mirador, como buscando otra verdad en mi verdad. Hoy atendí a nueve mortales. Usted, cuántas palabras juntó para inventarme. No quiero fantasías, deseo que me llame con las cuatro letras con que fui inscrita hace treinta años en San Juan de los Ríos: Lina. ¡Caray!, pero usted no sabe cuánto debo morderme los labios para no gritar que a los seis años fui violada por tío Alfredo Luján el día de la virgen de las Mercedes, en la escuela fui abusada por el profesor Reyna,

después del catecismo el padre Leandro me crucificaba en la sacristía, en el colegio tuve muchos novios, en la universidad eché candela hasta que me convertí en la amante de turno del rector que me prometió amor eterno. Por dar crédito a sus mentiras estoy aquí. Va pasando el tiempo y no sé cómo repetir el poema de Cardenal para Marilyn, poema que decía el licenciado Nieto Cadena y hacer mía esa plegaria para salvar cuerpo y alma. Olvidémonos la súplica y recuerde que, de la puta madre, puta la hija, puta la nieta y puta la manta que a todas cobija.

## PIRATAS X

Muchos cronistas, en su vida, escriben noticias ciertas: nosotros, en lugar de informar, escribimos la mancebía que cabe en esta crónica novelada. Entre ellas hay cuartillas estructuradas concienzudamente, pero hay otras que fluyeron desnudas-desatadas de la propia escrituración. El aliento de nuestra existencia habita en esas parrafadas.

Oí una voz que decía:

—Escucha, escucha bien, que es Ambrosina la que te está hablando.

Los cronistas tenemos una musa inspiradora, pero hoy desenterramos a Francisco de Sales, patrono de periodistas y de las esquivas palabras que enmarañan esta ficción.

En los cubículos del antiguo socorro apenas cabían un viejo catre, un lavatorio con lavacaras y jarra de hierro enlosado, un balde oxidado, una desgastada escoba, un pedazo de trapeador (en el pasado no había retrete y lanzaban las aguas a la calzada), una pequeña repisa para los afeites, el bolso de la

pencatriz y un ventilador que al encenderse parecía que iba a estallar. Pero todo encajaba perfectamente en dos metros por uno y medio en aquellos cuartos de la aduana. Se iluminaban a través de un pequeño tragaluz porque al caer la noche se encendían mortecinas farolas, ya que el alumbrado público no llegaba hasta el callejón y habían instalado un ondulante cableado eléctrico de donde colgaban bombillas que estaban alzadas en cañas soportadas por tanques llenos de cascajo. En esos puertos de luz arrimaban los ávidos parroquianos para divisar a las golfas de sus preferencias o las ficheras recién llegadas. ¡Diantres!: perjuros y piratas, me olvidaba de mentar que al fondo de la calzada había un improvisado entablado con techo pajizo donde metían buena música las orquestas para animar la conversa, bailoteo, trueques, libaciones y cogidas.

Una hurgamandera es algo sagrado que tú debes hacer para pedir por purita fe en Diosito y el Crucificado. Claro está que, antes que nada, debe existir la necesidad del milagro sanador y el favor es dado por el Señor de la Cruz. Yo nací en Lizardo García y la A, la misma calle del Cristo del Consuelo, al suroeste de la ciudad, cuando todo era manglar sin relleno firme y la gente ya iniciaba la procesión del Cristo Sanador con fe, devoción, sacrificios. Unos venían de pueblos lejanos con ato y garabato a rendir sus peditas al milagroso de la iglesia del suburbio, a santiguarse y a rogarle al Cristo de palo que Julio Jimbo en Cuenca talló con sus manos, azuela y formón del corazón de aquel nogal hace más de medio siglo. Ahora vienen de otros países para ver sus milagros y hasta hacen reportajes que todo el mundo comenta. Yo, entonces, era muy pequeña y no entendía por qué la gente caminaba, rezaba, sollozaba, cantaba, suplicaba, gritaba, iban descal-

zos unos, otros de rodillas sangrando tras la imagen del Señor, pasaban sus carteras por la cruz, lanzaban rosas, emitían gritos de agradecimiento o pedían en voz baja algo que nunca pude escuchar. Mi madre le pedía que mi padre regresara sano y salvo de su última travesía por *las Encantadas*, donde viajaba en ese barco llevando cerveza. El cegajo tiburón de siete mares nunca regresó porque se había marchado a Italia con la mejor amiga y comadre de mamá. Mamá espera y espera... Murió mi madre, su tiempo pasó y mi duración... tú lo sabes... Desde entonces le he pedido al Señor de la Cruz que me dé marido para toda la vida, cada año me visto de negro, llevo cirios blancos de veladura de santo y desde el fondo de mi corazón suplico con la misma rogativa y espero al hombre de mi vida que pronto ha de llegar, porque el Señor de la Cruz siempre cumple a quien cree en él y en la bondad de su padre. Yo no he perdido la fe y nunca la perderé porque soy católica de verdad. Fíjate, este año ya se cumplen treinta vueltas con la procesión y sigo esperando, él no me ha de fallar, como los

mentirosos que me prometieron amor eterno, sacarme de la calle, hacerme suya ante Dios y por la ley de los hombres para vivir juntos hasta la muerte. Ya no creo en ellos, solo creo en el Milagroso del templo del padrecito Gerardo Villegas, que también fue un santo varón y seguramente el Justo juez debe tenerlo en su gracia. Ya te expliqué que una hurgamandera es un voto, una promesa, un sacrificio que se hace a Dios, la virgen o un santo. El Crucificado es el Cristo sanador y nuestro único consuelo y no es el Cristo del desconsuelo, como te maldijeron el Culebrón y el Manguerón.

## PERJUROS XI

Cuentan que el cronista que anda por ahí con paso lento y su cuaderno de notas ya no ríe desde el viernes fatal que le dio su primer infarto al miocardio, pero enfermo y cansado llega donde Ambrosina. Las rancias tapadoras dan fe de que no fue su amante.

Cuando tomábamos el café de la tarde mamá solía decirme a usted le sobra porte y talante para ser una cisne más porque tiene inteligencia y belleza de una dama de la noche japonesa y por eso será deseada, celebrada y envidiada. Ahora que repaso sus palabras pienso en el personaje de Chiyo o Sayuri del libro *Memorias de una geisha* de Golden, de la película que todos comentan. Vicisitudes muy alejadas de mi vida.

El día que culminé la lectura de los cuadernillos de Ambrosina y la correspondencia de Concepción Justicia pude colegir los orígenes de mi musa y su madre. Orígenes que las ataba con la ciudad vieja y sus actuarios. Como decía la abuela que no había que hur-

gar mucho en el pasado familiar, porque el pasado es como una colcha bregué que cobija la desvergüenza de la ciudad y hasta tu propia vida.

El retrato que estaba dibujado en la pared de la bodega de vinos del italiano Guido Celestino de Zaruma y Rumichaca no fue el de Ambrosina: era, fue y será el de Lina Luján Olivares ahijada de Concepción Justicia (ellas fueron modelos del diseñador Jorge Sotomayor, y alguna vez caminaron en la pasarela del modisto Juan César Vivar). Cuentan que lo pintó Humberto Moré una noche de copas, otros testifican que tenía la firma de Juan Villafuerte.

## CÓDICE 21

Un hombre había caído de bruces al llegar a la esquina de El Arbolito. Era un bagual entrado en años, la chuquisa que lo había atendido al ver el cuerpo en la calzada emitió un grito y dio aviso a la encargada, quien a la vez llamó al 911 para deslindar responsabilidades. Los parroquianos pasaban por el lugar mirando sin decir nada. El prójimo cayó con las manos en el pecho. Una cocota que todo observa, sabe y dice, advirtió:

—¡Se ve mal, parece como perdido, va tambaleando, cae, está cayendo y es de un ataque que le dio de sopetón!

Algunos se amontonaron por curiosidad, pero nadie hizo nada por él. Un comedido que fungía de médico veterinario confirmó que el hombre yacía muerto producto de un infarto y por su edad no resistió. Esperaron más de tres horas hasta la llegada de los agentes de criminalística, el equipo de salud y el comisario de policía. El delegado de la ley echó un vistazo de pájaro agorero en

vuelo rasante, realizó las pesquisas de rigor, tomó declaraciones, verificó lo sucedido con la administradora, la chai y unos curiosos que aseveraban haber presenciado el suceso y que la mujer que lo atendió nada tenía que ver con lo ocurrido. Luego se aproximó al cuerpo, interrogó al paramédico sobre la víctima, quien respondió:

—Este ya es un verdadero fiambre que navega por el río de la parca con Caronte, mi estimado comisario.

Volteó el rostro del occiso para que el encargado de la ley verificase el dictamen. De súbito el comisario, atónito, casi sin habla por unos segundos, su rostro reflejó un rictus de sorpresa y pidió llamar a la ambulancia del hospital más cercano, entonces el galeno espetó:

—Señor, con el debido respeto de su cargo y autoridad, este varón palmó hace rato.

El magistrado replicó con firmeza y encono:

—¡Se está muriendo... carajo...!

El paramédico miró al funcionario con desconcierto y quedó paralizado en el acto.

—¡Le digo que está muy delicado y no interfiera más porque es mi tío carnal Don Luis

Antonio Quinteros González, que está muy grave y debe ir de urgencia a una casa de salud para ser atendido y ayudado por la mano del Todopoderoso para que descanse en paz!

El facultativo ladeó la cabeza levemente e inclinó la mirada hacia el extinto mientras sacaba su teléfono móvil de la chaqueta.

—¡Ya le dije que la ley se cumple al pie de la letra en mi turno, señor matasanos!

Lina le comentó al cronista que el tal comisario era ahijado de Concha y primo carnal de Ambrosina.

## PIRATAS XI

La zíngara llegó una tarde de agosto, precisamente, el día que desertó de su caravana trashumante porque algo la ataba a tierra de contrariados amoríos. Cuentan que la mujer de piel tocada por el sol, ojos de miel y larga cabellera ganó fama por la calle del placer y en ciudad el río y el estero también. Dicen que toda clase de mancebos llegaban hasta su cuarto para que les leyera la suerte en su cuerpo calé y no en la palma de la mano, como afirma el bolero de Leo Marini. Tenía gracia y porte de moza venida del otro mundo, conocía los secretos del oficio y dejaba a sus clientes tan satisfechos. Vilma Guanín afirmó que a su cantina llegaban señoritos de la ciudad para juntarse con la flamenca. Unos venían de frente, otros escondidos, ciertos señores usaban pretextos para llegar hasta la putaña cañí, pero hubo un caballero entrado en años, vestido de traje negro que resaltaba con su blanca melena; él llegaba al caer la tarde, siempre traía flores, chocolates,

perfumes y libros. Ella se quedaba horas con aquel mortal de gruesos anteojos y andar sereno que la dejaba tocada de cuerpo y alma. Casi no metió baza con las otras mujeres del Cartel del buen sabor y en sus ratos libres, que eran muy pocos, sobre el camastro echaba las cartas y veía las caras del destino en las setenta y ocho imágenes de su curado tarot. Vilma contó una tarde de revelaciones:

—Cierta vez interrumpí su quehacer cartomántico, miré la estampa de su rostro enmarcado en latón, tomé el retrato en sepia y al darle la vuelta descubrí estas líneas:

*Y se llamaba Lídica... Gitana de ojos bandidos y de faz morena, que, en el cortejo de su caravana, pasó por los eriales de mi pena. Me dijo frases truncas... de la Muerte, del Amor de la Vida y del Arcano, descifrando misterios de la suerte, en las líneas absurdas de mi mano... Quise hablarle de amor. Y de repente, se estremeció su corazón de Oriente, con mi devota ingenuidad cristiana. Y en ese instante, con unción secreta, fundí mi raza blanca de poeta con su raza maldita de gitana.*

»Creí haber leído esos versos en un libro que él dejó olvidado. Ella se esfumó tal y como arribó, sin embargo, en mi memoria quedaron las cuatro estrofas y la dibujada caligrafía del gentilhombre que solía visitarla los jueves al caer la tarde.»

## CÓDICE 22

Él debería hacer un escrito completo de Concepción Justicia. Ella fue conocida como «La Negra Concha» y sí que hizo honor a su nombre y remoquete. Actuaba como jefe de personal de las fuerzas armadas. Nadie pudo entrometerse en sus dominios, peor contradecir sus decisiones y estoy hablando de las doñas, chapas, padres de la mancebía, intendentes, sanidad y ordenanzas de ley. Aseveran que se paró firme ante el alcalde, le dijo sus verdades cara a cara y fue expulsada del palacio municipal por la policía metropolitana.

Nada saben de nuestro puterío y todo lo comentan. Esta calle es nuestra vida, basta con nosotros para gobernarla para eso nos sobra vida, calzones templados y experiencia. Todo establecimiento debe ser administrado por una sola cabeza, sea del dueño o la encargada, porque para el asunto de las chicas con una mujer alcanza. Las

muchachas de la casa deben ser verdaderas perlas: lavaditas de preferencia, yo no tengo nada contra las morenas, indias, largas: miren mi color. Trato directamente con ellas y nadie más. Aquí laboramos los siete días de la semana durante todo el año, no hay feriados, puentes, fechas cívicas... Solo paramos por las estaciones de las Hermanas Adoratrices y la procesión del Cristo del Consuelo para que el señor nos proteja siempre. La mujer que trabaja aquí debe tener sus documentos en regla: cédula de ciudadanía —de mayor de edad— y carnet profiláctico sin ninguna enmienda, claro que de vez en cuando vienen unas muchachitas preciosas y buenas para el oficio, entonces se pide ayuda al conocido del registro de identidad para que haga el milagro de poner al día su nacimiento y asunto terminado; para estos casos asoman los buenos amigos, eso lo aprendí, tiempo atrás, en la tierra de Rosa Cabarcas. Su cuerpo no debe estar manchado por ningún lunar simulado, perforación, colgante o tatuaje por más perfecto que

sea, porque a los clientes les gusta la piel pura, fresca, bella. Cabellera larga y suelta, nada de pelucas, pañolones, copetes. Ojos claros naturales, nada de lentes de contacto o gafas. Los labios deben estar retocados con el mejor y más vivo colorete rojo. Todo su cuerpo bañado de perfume, nada de colonias baratas y olores de embrujo traídos de la feria de San Jacinto de Yaguachi. Cubiertas con ropa decente, porque aquí no hay que mostrar nada antes de tiempo: vestido coqueto ceñido al cuerpo o traje de baño de dos piezas que vayan con el tono de la piel de quien la viste, pues el cliente es quien al final la desviste. Calzado alto para dar elegancia y porte a la muchacha. Mis chicas deben ser de un metro setenta de estatura y piernas delgadas largas porque es bueno para la unión. Siempre puede haber una excepción cuando llega una menudita, pues hay parroquianos que las prefieren pequeñas como en la canción de Roberto Carlos. Todo cuanto tienen debe ser propio como Dios las mandó al paraíso terrenal, nada de senos inflados, vientres

aplanados, caderas de batea, nalgas agrandadas por el bisturí hacedor de formas que se deforman por el uso y por eso de tocar toquetear se caen las carnes falsas y la mercancía pierde importe. Repito, mi trato es con ellas y nadie más, jamás hablo con tías, bileteros, padrinos. Está terminantemente prohibido enamorarse y peor empreñarse: aquí se viene a trabajar y punto. Cada local tiene su forma de vender licor, en el mío solo se despacha una cerveza después del punto. En los otros bares suena toda clase de música a volumen alto, aquí: pasillos, tangos, boleros, valsecitos y salsa vieja. Oídos aguzados que yo lo digo, aunque no acepten y me contradigan por ahí: una muchacha tatuada, por más blanca y bonita que sea, siempre sembrará dudas y espinas. Vestido, rostro, manos, uñas, pies, catre y panocha: un verdadero anís. Escúcheme bien: yo no tengo pactos y arreglos con comisarios, inspectores, policías, protectores, matasanos, leguleyos, curanderos y comadronas, pero hasta hoy recuerdo las correrías y malogros de Tula Camacho, la

Ganchozo, Lina y el terrible tétano de mi pequeña Ambrosina. Aquí, en mi local, mando yo y nadie más que yo.

Así fue María de la Concepción Justicia Gallegos que comandó el Mil Amores con mano de hierro. Cuentan que aprendió el oficio en Cartagena de Indias, y que antes de llegar aquí administró La Casa de las Muñecas y La Puerta de Fierro de la calle Portete, que fueron cartas de la compañería hace muchos años.

## PERJUROS XII

No había punto de comparación entre los cubículos de la cuartería con el aposento de Ambrosina. Su recámara, la de los últimos días de su existencia, quedaba en el piso superior del bar, lugar donde Concepción Justicia instaló su despacho, pero de un tiempo a esta parte ella había transformado en su dormitorio donde solo podían ingresar las cojas de su confianza y el cronista. En el espacio cabían: el clóset de cuatro puertas de cedro con espejo central, donde guardaba su vestuario, calzados, carteras, alhajas, perfumes; una tina de baño con hidromasaje; una cama descomunal; la estantería donde había libros, discos y recuerdos; la gramola RCA Víctor, que le dijeron que fue de su abuela, el escritorio con libros de cuentas y sus diarios por años encuadrados en percalina; el perchero donde colgaba la ropa de noche o el traje del día; la mecedora de Concha que solía usar en las noches de insomnio; lavadora con secadora incluida; la terraza que daba al pa-

tio interior; en la pared un espejo ovalado, un almanaque traído del Vaticano, el retrato de su madre en vivo óleo firmado J. Villafuerte/69, una plumilla del Barrio de la luz verde, un grabado iluminado de Las tres gracias rubricado Zúñiga/82 y el retrato de ella con cierta coloración que negaba su hermosura estampillado J. Velarde/99.

Refirió que había estudiado pintura en la escuela de artes, luego modelo y pasarela, después la facultad de leyes, profesora sustituta, en la cátedra de Antropología Cultural, del doctor Pérez Pimentel cuando él viajó a Turquía y Marruecos, y lo de desagüida por soledad y dolor del alma. Aseveró que había tenido romances y amantes. Una noche me confesó que en toda su vida solo había tenido amadores que la orlaron con obsequios y fantasías.

Mi madre quería que estudiara abogacía por mi talento, palabra rápida y firmeza, pero jamás imaginé que escribiría mi propia vida con sus palabras: ¿biografía o autobiografía? Pero aprendí el oficio de la ficción en el epítome de un antepasado que rezaba así:

—Santiago de Guayaquil, ciudad y puerto principal de la república del Ecuador, tenía aproximadamente 60.000 habitantes, y estaba dividida en cinco o seis barrios de la Concepción o Ciudad vieja, de la Merced, del Sagrario, de San José, de La Rinconada y el del Astillero; parece que aún guardo la primera edición de aquel libro, lo buscaré para usted.

Cuando mamá yacía en el camastro de la caída, aquejada por la fibrosis pulmonar, mal del cigarro que fumó por años, en ese relámpago me fue dando todo el poder de su meublé: candados, trancas, llaves, cuentas, fotografías, el libro de recortes, cartas, estampitas, documentos, la escritura de la casa, recibos, alhajas, empeños, la cuenta del banco, su diario y el estilógrafo de plata que le entregó el alcalde Febres Cordero. Entonces me pidió que jamás descienda al albañal del amor comprado porque se lleva los mejores años de la vida. Espetó casi en artículo de vida muerte:

—Hija mía, te estoy heredando este negocio de cincuenta años de duro bregar para que lo dirijas con enjundia y mano firme

como lo hizo tu madre que se está muriendo de sofocos y desea desde el fondo de su corazón que seas la única dueña del Mil Amores, la señora de la casa y de la calle también.

En ese aciago día cerré sus ojos, acaricié su rostro, besé su frente, peiné su cabellera, cubrí su cuerpo con gasas, encajes, cintas y en el pecho coloqué, entre sus manos, el crucifijo de piedras, la amortajé con dolida tristeza: desquiciada caminé hasta el portón, y nadie ha conseguido moverme de este pórtico. Nadie.

## DE PERJUROS Y PIRATAS

El cronista teje anécdotas mientras espera a su mentor. La calle semeja un mercadillo con toda clase de marchantes. Él no está para echar a nadie de la manfla. No lleva más fusta que la de su lengua y está dispuesto a usarla para charlar con las samaritanas del lugar. Es la zona más jacarandina de la ciudad, la llaman: La seis por tres, Calle Salinas, La 18. Su mejor alias es lar de condescendencias, porque aquí toleran soledades, traiciones, pactos, mangui, cubriciones. Son veinte guantas donde refluyen los líquidos amatorios. Dos cuadras de doscientas cincuenta brazas donde caben apretadamente vidas, regodeos, licores y muerte. Está cayendo la noche. El efluvio a bebidas, frituras, bollos, cebiches, corbiches, encebollados, muchines, empanadas, mariguana, jaibas y cangrejos embriagan al pasar. Mire, copista, en ese muro: Cuidado, zona roja, aquí asaltan y cortan de una, salga mientras tenga tiempo, valor, fuerzas. En ese cartel: Se reparan celulares, relojes; también

actas de nacimiento, cédulas, carnés, pasaportes y pasado judicial. Allá están los mejores tatuajes de la vida. El cuartel policial que está a la entrada reza en el frontispicio: Somos mucho más que un buen amigo. Ellos apenas guardan el orden del desorden y parecen los únicos disfrazados en la calleja. Dan orejas a una voz: He venido para acabar con todos los mortales del puerto. El copista marcha y escucha a su mentor: Villa Vilcabamba, la de las comadres más viejas, frente a ellas están aquellas ninfas bellas y frescas, cuánto se envidian, tanto y como usted envidia la jerigonza de los viejos cafiches. Al licor bendito que quita los pesares llaman Agua loca (hechura de aguardiente con agua de coco). En este monte de pinos ellas han firmado un pacto con el doctor Morales, el de sanidad, ellas tienen cita una vez al mes, los días martes, como lo ordenó el intendente Mancheno. Morales debe auscultarlas con guantes de operar. En Casa Vilcabamba ellas esperan desesperan por sus clientes. En este oficio los años pasan y pesan como mil infiernos. Entrar es verlas encueradas en lo suyo, mirar-

las cuando se quitan la ropa, acuestan en el catre, abren los muslos, ofrecen la cazuela y hacen el punto a su ritmo. Casa Acapulco es donde reina la mayor baladronada para todos los gustos. El Mil Amores es el bar más grande, alberga mujeres que vienen de diversos rincones del país. Mil féminas custodiadas por Concha Justicia para su ojo mirador. Recuerde que allí colgó sus cuadros el pintor Jorge Jaén bajo el rótulo de Platos a la carta y metió música el Viejo Napo, el de Corazón de matasarno. El Arcoíris es donde todos los colores se visten desvisten para el que llega, mira, vuelve a mirar y entra. Allá Londres, El Castillo, con el séquito del corta faldas, Gran Pasaje, con la mejor pasarela de posaderas ribereñas, por este lado Salomé, en la esquina El Arbolito, donde palmó el tío del comisario H. Amay, La ventana de cervezas frías y el túnel del abogado Mustafá Quinteros —creo que fue comisario de salud pública—, del otro lado El cartel del buen sabor de Vilma Guanín, La Discoteca XXX, Rincón Caliente con la música caribeña sonando, Casa Yoyita, Romance, El Túnel, La gran botella, Salseros

y The twist, propiedad de una gringa tocada que llegó por 1978. Preste faroles y no pierda ripio: ¿cómo late chocolate su agobiado músculo cardíaco? Revistas de alquiler a la entrada por la 18 y Brasil, hay un cholón cara de lagarto que tiene unos estantes con revistas desde el tiempo de Hermelinda Linda, Kaliman, Santo, Mandrake y Pepe Mayo. Tula critica a Linda porque no obliga a sus clientes a usar protección: ¿No ves que el SIDA está por todos lados? ¿Para qué crees que han puesto esos anuncios los del Ministerio de Sanidad? Hombre que no usa, hombre que está afuera de una. Linda responde: En esta chuspanta mando yo y entra todo lo que a mí me da la gana: forrado o pelado. El calor abrasador obliga a Delmira a mudar la ropa, se desviste y hay ojos que la acechan a través de la puerta, faroles que la desnudan como los del bizco que está apuntando todo lo que medio ve y escucha. P. Freire se llama el que lleva la mochila ladeada con una cámara escondida para tomar fotografías, aseveran que tiene un plan secreto para captar imágenes del barrio, pero, si lo descubren

fotografiando le sacan la madre de verdad. Aquí hay de todo como en botica de pueblo. Echemos otra ojeada, porque aquí laboran mujeres delicadas, generosas, alborotadoras, pedigüeñas, parlanchinas, las que leen revistas de moda, tiras cómicas o chismes de farándula, esbeltas, medianas, pequeñas, agraciadas, cuarentonas que mantienen la figura con dietas y ejercicios, retocadas de bisturí, maduras, ajadas, rubias, negras, mestizas, pelirrojas, costeñas, serranas, cholas, longas, indias, católicas, belicosas, evangelistas, endemoniadas, cartománticas, prestidigitadoras, macumberas y creyentes, como la mulata de Esmeraldas que después de recibir la paga se persigna, la aprieta contra su vulva, la esconde bajo la imagen del Hermano Gregorio Hernández y afirma que eso le da suerte en el trabajo del día. Las miras, vuelves a mirar, seleccionas y entras con la que desees.

Ambrosina de Amay ha terminado de enmendar el manuscrito.

Solitario final. Todos se han esfumado. La calle, en silencio sepulcral, no semeja la calzada bullanguera, yace en un libro, en una película de medianoche, la voz que narra es calcada de otras voces.

—Hemos llegado al final —confirma el cronista.

—Una tarea casi finiquitada —aclara el mentor—, pero hay harta tela que cortar y no estaré para dicha empresa.

Alguien maquilla el texto a puerta cerrada y de súbito entre el canto de los grillos y una lánguida farola emerge esta sonata para jaibas y cangrejos con doble partitura.

Al culminar la revisión, Ambrosina de Amay coloca el texto sobre el tálamo, mira al cronista como queriendo decirle que calle y viandantes han hecho de él un auténtico cronista, empero sella sus labios porque duda de la originalidad del mecanoescrito.

Titular la *novella*: *Sonata para jaibas y cangrejos* o *Crónica* es el dilema.

*Este libro, Crónica para jaibas y cangrejos,  
de la colección Luna de bolsillo,  
se terminó de imprimir en abril de 2020.  
Quito-Ecuador*





## CASA ÉGÜEZ

Juan Larrea y Río de Janeiro

Teléfono: 290 1137

[www.casaeguez.com](http://www.casaeguez.com)

[centrocultural@casaeguez.com](mailto:centrocultural@casaeguez.com)



## CAMPAÑA DE LECTURA

El Heraldo 224 y Juan de Alcántara

Teléfono: 243 2980

[www.campañadelectura.com](http://www.campañadelectura.com)

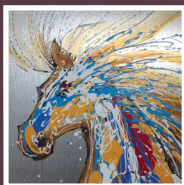
[info@revistarocinante.com](mailto:info@revistarocinante.com)



Revista

# Rocinante

[www.revistarocinante.com](http://www.revistarocinante.com)



Revista

# Babieca

[www.revistababieca.com](http://www.revistababieca.com)

